

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO VIII.

Martirio sin gloria.—Heroísmo del amor filial.—Por fin la felicidad.

I.

La carta del conde quedó sin respuesta. Clemencia no podía escribir: su agitación, estrañamente violenta, solo le permitía levantar sus ojos al cielo pidiéndole valor para sufrir la ruda prueba que la esperaba.

Llegó, por fin, la noche del siguiente día: Clemencia tenía los ojos secos de llorar y el corazón yerto de sentir: los ocho años de tormento, de tristeza, de pasión comprimida; aquellos ocho años, que reasumían una juventud, sacrificada en el altar del deber, se presentaban dulces y hermosos á su memoria, comparados con lo que entonces sentía.

El único hombre á quien había amado, estaba cerca de ella! Él también había conservado dentro de su pecho aquel amor, nacido en una fecha tan remota que durante su plazo otros hombres agotan su corazón y su existencia corriendo tras de brillantes y ruidosos goces.

¿Cómo pagarle tanto cariño, tan rara constancia? Ah! ¡Muy amarga debía ser la recompensa!

Cuando los pasos del conde resonaron en el sombrío callejón, lanzóse Clemencia á la ventana de su cuarto como impulsada por una fuerza magnética.

Sus padres dormían: eran las once y la luna llena enviaba aquel rayo consolador que destinaba siempre para alegrar á Clemencia.

El ramo de violetas, colocado en un vaso de cristal, despedía un suave perfume y la blanca paloma aleteaba en su jaula.

Al ver la sombra del conde, Clemencia se apoyó estremecida en la madera de la ventana y llevó la mano al corazón que parecía querer romper la cárcel de su pecho.

El conde se dirigió á la baja ventanilla para buscar en ella la contestación á su carta y entonces vió á la pobre jóven, inmóvil como una estatua y cuyo semblante, alumbrado por la luna, parecía de mármol.

—Clemencia! gritó con un acento arrancado de lo mas profundo de su corazón.

Clemencia no contestó: la conmoción la ahogaba.

—Clemencia, continuó el conde, al ver á Vd. aquí, creo asegurada mi felicidad porque conozco su nobleza y sé que no podía darme esperanzas que no hubiera de ver cumplidas.

Clemencia hizo un esfuerzo supremo y contestó con voz quebrantada y triste.

—He venido, señor conde, porque deseaba mucho asegurarle de que mi amistad no se ha entibiado con el tiempo y para darle gracias porque me conserva la suya en medio de mis desventuras.

—Sí, sí! ya sé que la desgracia ha descargado sobre la cabeza de Vd. su mano terrible! Por eso he volado á consolarla y á ofrecerle mi corazón para escudo de sus dolores!

—Gracias, gracias, conde! murmuró Clemencia que no podía contener su llanto, cada instante mas copioso y desgarrador.

El conde atribuyó aquellas amargas lágrimas al sentimiento de sus pesares y lo respetó guardando silencio.

—Y mi hermana? preguntó por fin Clemencia haciendo un nuevo y mas penoso esfuerzo para serenarse: ¿la ha visto Vd. desde que salió de Madrid?

A no impedirlo la oscuridad de la noche, Clemencia hubiera notado en las facciones del conde una marcada expresión de disgusto y de repugnancia; pero la pobre jóven no pudo descubrirla y al ver el silencio de su interlocutor repitió su pregunta.

—Paulina es embajadora, contestó friamente.

—Cómo!

—Su esposo ha sido nombrado embajador por su nación cerca del emperador de los franceses.

—Y Paulina no nos lo ha escrito! exclamó amargamente Clemencia.

—Paulina es una muger *de moda* en toda la verdadera acepción de la palabra, repuso el conde con un tono de voz que daba á entender muy fácilmente que semejante conversacion le hacia daño: el placer es su vida y no se acuerda de otra cosa que de correr en pos de él.

—Dios mio! Ni aun de mi madre que la amaba tanto!.... murmuró Clemencia con doloroso asombro.

—De su madre, menos que de nadie: alguna vez nombra á su padre y á su hermana; pero jamás á su madre: los mortales, por esa chispa divina, imagen del mismo Dios y que se llama alma, tenemos un instinto admirable de justicia y solo amamos á los seres que nos hacen buenos con su ejemplo ó con sus correcciones: nuestros afectos se estienden á veces á los indiferentes ó inofensivos; pero nunca podemos profesar cariño ni estimacion á aquellas personas que se han complacido en viciar nuestro corazon y nuestros sentimientos con culpables condescendencias: es ley, amarga pero justa, de la naturaleza, y quizás es una de las pocas que se cumplen con inexorable rectitud.

II.

—Pero hablemos de nosotros, continuó el conde, deseoso de dar otro giro á los tristísimos pensamientos que, al parecer, embargaban á Clemencia, y deseoso tambien de ver iluminado con el sol de la ventura el horizonte de su porvenir: hablemos de nosotros, Clemencia, y hablemos ya con la franqueza, con la lisura que tanto he anhelado y que jamás me he atrevido á usar: dejemos las vanas fórmulas de la sociedad y séame permitido preguntar como los hijos de los antiguos patriarcas á la muger de su amor: ¿quieres ser mia?

Clemencia no pudo contestar mas que con un tristísimo suspiro.

—Responde, prosiguió el conde con mas fuego todavía: respóndeme, Clemencia: yo vengo á poner á tus pies mi nombre y mis riquezas: vengo á ofrecerte mi mano. ¿La aceptas?

—No puedo, contestó la jóven recobrando de repente toda su entereza; no puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Mi vida es de mis padres.

—Serán mis padres tambien.

—¡Ah! exclamó Clemencia con un doloroso arranque: ¿no sabes que rehusé seguirte cuando estaban sanos y tenían pan? ¿Cómo he de poder dejarlos ahora que están enfermos y desvalidos?

—Seremos dos á cuidarlos.

—Solo al corazon de una hija pueden ser gratos los desvelos que necesitan!

—Pero tú se los prodigarás...

—Yo te repetiré ahora lo que te dije hace ocho años.

—Ah! exclamó el conde retorciendo sus manos: no me repitas nada de lo que me dijiste en aquella época fatal porque cada una de aquellas palabras me arrancó una esperanza!

—Es preciso para que conozcas que no es falta de

amor lo que me hace renunciar á tí y que solo un imperioso deber me aparta de tu lado: te dije que casada, mi tiempo y mis cuidados mejores serian para mi esposo y que forzosamente tendria que desatender á mis padres... lo que entonces hubiera sido culpable seria hoy espantoso.

—Pero si yo les robo una parte de tu amor mis riquezas le compensarán con todo género de comodidades.

—¡Vivir mis padres de limosna pudiendo mantenerlos yo! gritó Clemencia haciéndose atrás horrorizada; nunca, señor conde, jamás!

—Pero desdichada! exclamó el conde cuyo dolor estraviaba su razon, reflexiona que tienes treinta años... que mi amor ha sobrevivido á todo... pero que no hay quien comprenda lo que vales como yo!... que te encontrarás sola, con una vejez anticipada por los dolores, por el aislamiento, por la pobreza!

Un movimiento brusco de Clemencia interrumpió al conde: esta abrió de par en par la ventana y mostró al exasperado amante á sus ancianos padres dormidos uno junto al otro en dos grandes sillones de baqueta oscura.

—En tanto que esos míseros ancianos vivan, dijo Clemencia, mi sitio está entre los dos: ahí viviré: por conquistar ese sitio he pasado una juventud solitaria, y únicamente los abandonaré cuando los haya dejado acostados en sus tumbas!

Un largo silencio sucedió á estas palabras: luego el conde tomó la diestra de Clemencia y la besó respetuosamente: aquella mano estaba temblorosa y abrazada.

—Admite al menos una corta pension para tus padres, dijo tímidamente y en actitud ya de alejarse.

—¿Cómo he de admitir dinero para ellos de una persona estraña, si por no partir la santa alegría de sustentarlos rehuso por esposo al hombre que amo tanto? contestó Clemencia con tristísima sonrisa.

—Adios, continuó rompiendo de nuevo el silencio que habia vuelto á reinar: adios, repitió sollozando: este hábito de la Soledad, que llevo desde que renuncié á tu compañía, es el símbolo fiel de la soledad de mi corazon y el luto que llevo por mi felicidad.

El conde se alejó lentamente.

Clemencia le siguió con una tristísima mirada: cuando le perdió de vista le pareció que se desataban todos los lazos de su vida y cayó casi sin sentidos sobre el pavimento murmurando con apagada voz.

—Ya he apurado el dolor mas amargo de la vida!

III.

Desde aquella funesta noche se fué apagando la existencia de Clemencia: todas sus distracciones habituales, la música, los dibujos, los libros, todo quedó olvidado.

Un dolor sordo y amargo le consumia en la soledad de su cuarto: á veces pasaba horas enteras sin hacer ningun movimiento, sin que un rayo de inteligencia asomase á sus nublados ojos: otras rezaba en alta voz para romper el aterrador silencio que la circueja, por-

que su madre habia caído en una inmovilidad y una atonía casi tan completa como la de su padre: aquella madre que tan imprudente habia sido, aquella mujer que habia amado el mundo hasta el extremo de verse abandonada por él en vez de abandonarle prudentemente, sentía ahora el dolor mas cruel al pensar en la ingratitud de su hija menor que vivía en medio del fausto y de la opulencia.

Los remordimientos la devoraban; pero en su carácter acre y violento solo servían para exasperarla mas contra su suerte.

La conducta de Clemencia para con ella le parecia una acusación silenciosa, un reproche continuo por el abandono en que siempre la habia tenido; y apenas pagaba con una palabra que no fuese amarga sus cuidados y atenciones.

Así la pobre mártir no tenía ni aun la recompensa de la gratitud por parte de aquellos por cuyo bien habia sacrificado la dicha de toda su vida. El idiotismo de su padre, la dolorosa exasperación de su madre, incapacitó á entrambos de todo sentimiento dulce.

Así pasaron otros tres años: durante ellos la buena y anciana hermana del sacerdote, que ocupaba la otra casita del callejón, no vió salir á Clemencia de su casa mas que para ir al rayar el alba á oír misa en una capilla muy cercana.

Llegó un domingo, sin embargo, en que no la vió salir: preguntó á la anciana criada que si ocurría alguna novedad y la contestó que el señor estaba muy malo; que no hablaba ni abría los ojos y que se habia llamado á un médico que no daba ninguna esperanza de salvarle.

Al anocheecer de aquel día entró el Viático en casa de Clemencia, y al rayar la primera luz del siguiente rindió su padre el último suspiro.

Clemencia no se apartó un instante del lado de su padre; le cuidó en su enfermedad con increíble esmero, cerró sus ojos y le colocó en su ataúd.

La muerte de su esposo fué un golpe fatal para la señora de C....: cayó esta en una abstracción sombría y en un silencio tan obstinado que nada bastaba á hacerle romper y aun no habia transcurrido un año de su viudez, cuando Dios la llamó tambien á su seno.

El mismo día que la desdichada anciana fué depositada en su sepulcro y á la hora en que el crepúsculo de la tarde empezaba á reemplazar á la brillante luz del día, Clemencia, vestida de negro y envuelta en una tupida mantilla, se dirigía sola y á pié al cementerio y se arrodilló entre las sepulturas que encerraban los restos de sus padres.

—¡Adios! exclamó sollozando; ¡adios, seres queridos cuya vida, cuya compañía eran mis únicos bienes! Decid al Eterno señor de todo lo criado, que os cuente lo que he perdido por vuestro amor y consoladme desde el cielo de la mayor de mis pérdidas.... de vuestra muerte!...

—Aquí estoy, Clemencia; murmuró á su espalda una voz que la hizo estremecer; vengo á partir contigo, ahora tu pena.... luego la felicidad.

Clemencia tendió llorando una de sus manos al con-

de; este la tomó, y sin soltarla se arrodilló sobre aquella doble tumba donde oró un breve rato.

Después se levantó; pasó bajo el suyo el brazo de Clemencia y salió con ella del cementerio conduciéndola á casa de su anciana madre, con quien vivía ya enteramente solo por haberse casado sus dos hermanas.

La condesa recibió á Clemencia en lo alto de la escalera y al verla llegar con su hijo le abrió los brazos.

—Bien llegada sea, dijo, mi querida hija á la casa de su madre! Y quíeta Dios que halle en ella una suma de felicidad igual á la que va á derramar en torno suyo! La que ha sido modelo de las hijas será tambien ejemplo de esposas y de madres.

IV.

Un mes después se celebró el casamiento de Clemencia con el conde: la anciana condesa no permitió mas dilaciones temerosa de que se escapase á su hijo aquel tesoro.

Este temor no era, en verdad, infundado al ver á Clemencia; pálida esta como una estatua de cera, flaca como una sombra, con sus grandes ojos hundidos, parecia amenazada de un cercano fin: aun era no obstante, una mujer encantadora y sus treinta y cuatro años podían arrebatarse mas corazones que los que á esta misma edad hizo esclavos suyos María Antonieta de Francia.

El conde contaba los mismos años y podíase decir que, como los amantes de Teruel, él y Clemencia habian visto la luz en un día y una hora.

Para ir á la iglesia quitóse Clemencia el hábito de la Soledad, reemplazándole por un riquísimo traje, regalo de su nueva madre y el primero de valor que en su vida habia usado: cubrieron sus cabellos de diamantes y la misma condesa colocó en su cabeza el velo nupcial.

Clemencia recobró pronto la salud: su padecimiento era moral, y la dicha la puso mas hermosa, mas risueña que lo habia estado nunca.

Un año después de su matrimonio llegó Paulina á Madrid: aunque esta contaba un lustro menos que su hermana, su belleza habia desaparecido por completo: su graciosa fisonomía se habia vuelto dura y ceñuda, porque sus caprichos, nunca contrariados, habian dado á su carácter una irascibilidad increíble.

El apacible y encantador semblante de Clemencia conservaba la dulce frescura del lirio del valle.

Paulina, cuyo marido hacia largo tiempo que estaba aburrido de ella por su carácter frívolo, y por todos aquellos defectos inherentes á la mujer vulgar, se hizo mordaz, envidiosa é inaguantable; el mundo habia agostado su juventud y viciado su carácter.

Quiso hacerse devota; pero la religion nada decia á aquel corazón seco y á aquella alma fria y destituida de toda elevación.

Clemencia vive dichosa haciendo la felicidad de

cuantos la rodean y viéndose cercada de tres hijos que la pagan el sublime sacrificio que hizo por sus padres.

FIN DEL ARTÍCULO OCTAVO.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

SESTA Y ÚLTIMA PARTE.

(CONTINUACION.)

Cuando Laura penetró en el salón de la Residencia, sus megillas se cubrieron súbitamente de un vivo encarnado, y bajó los ojos avergonzada á pesar de que solo se hallaban en él Magdalena y Silvina á cuyos pies se veía acurrucada la inseparable nodriza.

¡Hacia tanto tiempo que la pobre niña no había puesto los pies en aquella casa!

Ay! los hermosos días de su niñez habían corrido puros y tranquilos á la sombra de aquella morada protectora! Hoy, qué diferencia! La antigua protegida era tan solo una extranjera que se avergonzaba al atravesar los umbrales como si hubiese cometido un crimen, y sin embargo Laura no podía decidirse á abandonar la isla tal vez para siempre, sin abrazar antes á su amiga, á su antigua compañera, sin haber humedecido con sus lágrimas la mano de aquella mujer que se había dignado encaminar sus facultades por el camino del estudio, que había llegado á ser para ella un tesoro inagotable.

Laura olvidaba en aquel momento la fría indiferencia de Silvina y el inconcebible desvío de la Bonmarché para no pensar mas que en su cariño, en su inmensa gratitud.

En el momento en que Laura bajaba los ojos, Magdalena se arrojó al cuello con tal expresión de alegría, que la sensible criolla dejó correr con libertad las lágrimas que asomaban á sus hermosos ojos.

—Laura! Laura! exclamaba Magdalena realmente conmovida, haciendo sentar á su lado á la inocente joven.

—Dios mío! murmuraba Laura agitada por la mas dulce de las emociones... me amais? me amais todavía? será un sueño?

—Que si te amo todavía! exclamó con acento apasionado la Bonmarché. ¿Cuándo he dejado de amarte, Laura? Ah! tú no sabes, hija mía, todo lo que yo he sentido tu ausencia, todo lo que yo he pensado en tí!... ahora mismo mi pensamiento te buscaba sin cesar.

Y la Bonmarché acababa en efecto de pensar en Laura, porque hacia ya algunas horas que su ingeniosa imaginación le había designado á la criolla, como uno de los personajes que debían servirla de ayuda en el misterioso drama que tan secretamente ensayaba.

Laura se sentó entonces entre Magdalena y Silvina, tomando entre las suyas las manos de ambas, y balbuceando algunas expresiones de gratitud que la emoción hacia espirar en sus rosados labios.

Silvina se esforzaba también en repetirla su cariño, pero sus frases eran lánguidas, frías, incorrectas, porque aquel cerebro adormecido iba perdiendo de día en día toda su energía, toda su fuerza moral.

Y sin embargo, Laura encontraba hermosas las palabras de Silvina, encantadoras y simpáticas las de la Bonmarché; y satisfecha al encontrarse objeto de un cariño que ya creía extinguido, buscaba en vano expresiones con que anunciarles su próxima partida, su doloroso y último adiós.

—Pero tú estás muy delgada, niña mía, exclamó de pronto Magdalena que acababa de reparar por primera vez en la palidez de su discípula; ¿padece acaso?

—No... no señora... respondió Laura bajando los ojos y poniéndose encendida como la grana.

—Sí, sí, padece, hija mía; tu agitación te descubre... Vamos, niña mía, pon la mano sobre tu corazón y dime si me equivoco.

Laura se sonrojó de nuevo.

—Vamos, habla, hija mía... dime por Dios lo que te sucede. ¿Puedo hacer algo por tí?

—No, no señora... de nada necesito; me encuentro bien, perfectamente bien.

—Ah! tú no me amas, Laura, dijo Magdalena con la convicción del que sabe que le ocultan alguna cosa; no me amas cuando me ocultas tus penas, cuando me dices que "nada necesitas." Tú necesitas siempre, hija mía querida, porque siempre necesita el que se ve obligado á ganar el pan con el sudor de su rostro.

—Os equivocais, mi buena amiga, respondió Laura levantando la cabeza con dignidad, y fijando en Magdalena una mirada casi tranquila; soy feliz, porque Dios me ha concedido una salud á toda prueba, y una fuerza moral mayor que la que podía esperarse de mis pocos años. Feliz, porque he podido llevar á cabo mi santa empresa, y llevar al lecho de un enfermo desesperanzado ya, la mas bella de las esperanzas.

—No os comprendo, murmuró Magdalena tratando en vano de interpretar las últimas palabras de Laura.

—Sí, amigas mías, repitió esta, estrechando tiernamente las manos de ambas; Dios ha bendecido mis obras, y en este momento venia... á daros mi último adiós.

—Tu último adiós! exclamó Magdalena dando un salto en su butaca y soltando la mano de Laura como si la hubiese picado una víbora.

—Tu último adiós! le preguntó Silvina estrechando su mano y fijando en ella con extrañeza sus lánguidos ojos que parecían reflejar el antiguo afecto que había profesado á la única amiga de su infancia.

Laura sintió que las lágrimas nublaban sus ojos, que su garganta se oprimía, y apoyando su cabeza

en el hombro de Silvina echó á llorar amargamente y sin pronunciar una palabra.

—Tu último adiós! repetía Magdalena preocupada por su idea fija; habla, Laura, habla; ¿qué último adiós es ese que nos anuncias? ¿qué te sucede? habla, hija de mi corazón.

—Mañana habremos dejado la isla para siempre; mañana mis ojos os buscarán en vano en la inmensidad del océano; respondió Laura con voz entrecortada por los sollozos.

—Tú? eres tú la que dejas la isla para siempre? exclamó Magdalena visiblemente contrariada; imposible, Laura, imposible! tú no puedes partir.

Laura entonces refirió á sus amigas todo lo que había sufrido para llevar á cabo su proyecto, y los medios de que se había valido el cielo para protegerla.

—Pero tú no puedes partir mañana, no... no... á pesar de todo te quedarás todavía un mes entre nosotros, repetía Magdalena con exaltación.

—Un mes! ah señora! mi padre ha contado los días por horas, por minutos, por segundos, y vos decís un mes!

—Pues bien, quince días! diez tan solo! Oh! tú no puedes, partir, Laura; tú no puedes abandonarnos así... mañana.

—Mañana, mi querida Magdalena, mañana, mi amada Silvina, os dejaré para siempre; respondió Laura suspirando, y casi sonrojada al verse tan querida.

Magdalena dejó caer sus brazos con una expresión desesperada, y sus pequeños ojos esparcían en derredor miradas sombrías que asustaron á las dos jóvenes.

Ni aun en sus mejores tiempos hubiera creído Laura tan ardiente el cariño que la profesaba la Bonmarché.

No sabiendo como disipar la oscura nube que cubría la frente de Magdalena, la pobre niña le refirió detalladamente todos los pormenores de su viaje arreglado ya por completo para el siguiente día.

—¿Y decís que saldreis mañana sin falta? volvió á preguntar la Bonmarché procurando dominar su emoción.

—El buque saldrá de la bahía al amanecer.

—Pues bien, Laura, respondió Magdalena con la expresión de la mas profunda tristeza, vuestra partida me destroza el corazón... nunca conocí lo que os amaba como en el momento de perderos... adios, sed muy feliz y dignaos aceptar esta pequeña muestra de mi cariño.

Magdalena sacó de su dedo un anillo de esmeraldas, y le colocó en la descarnada mano de Laura repitiendo:

—Oh! tu partida, Laura mia, me destroza el alma!

Laura besó con efusión la mano de Magdalena, y se arrojó llorando al cuello de Silvina cubriéndole de besos.

La perezosa insensible á todo y para todo, sintió en aquel momento llenarse sus ojos de lágrimas, como si su corazón presintiese que quedaba desde aquel día completamente sola.

—Y yo? ¿qué te daré yo para que me recuerdes siempre? preguntó á Laura con una candidez que penetró hasta el corazón de la catalana.

—Tu amor, respondió estrechándola convulsivamente en sus brazos y cortando rápidamente uno de los bucles que adornaban la cabeza de Silvina; tu amor y este rizo de cabellos que llevaré siempre sobre mi corazón.

Las dos jóvenes permanecieron abrazadas en silencio algunos instantes, en tanto que Magdalena permanecía sumida en una profunda meditación.

Al fin fué preciso separarse, y Laura después de haber abrazado de nuevo á sus amigas y á la pobre nodriza, bajó precipitadamente la escalera y subió deshecha en lágrimas en su volanta.

Magdalena y Silvina la despedían desde las rejillas agitando sus pañuelos de nupias.

La nodriza corrió á la puerta llorando sin consuelo.

La volanta había desaparecido.

Entonces Magdalena corrió á encerrarse en su cuarto para llorar con libertad.

Y en efecto, apenas se encontró sola prorumpió en un llanto raquítico, acre y entrecortado, que salpicaba sus mejillas, quemándolas á su paso como lo hubiera hecho un cauterio.

Era el amargo llanto de la desesperación.

La Bonmarché que acababa de pensar en Laura para atraerla de nuevo á la Residencia con sus dulces amañes, la Bonmarché que descansaba en que Laura no podría menos de recoger á la pobre huérfana abandonada, y que encontraba en aquella idea un paliativo al remordimiento que la devoraba, se encontró en un momento con que su esperanza había sido defraudada en el mismo instante de ser concebida, y que la cuestión fatal que hacía erizar sus cabellos se presentaba de nuevo á su conciencia con toda su fealdad, con toda su vileza.

Dios no podía permitir que el alma noble y pura de Laura aliviasse á la mas vil é ingrata de las criaturas del terrible peso de los remordimientos.

Pero Magdalena caminaba ya año tras año por la resbaladiza pendiente del vicio, y no podía retroceder: con un valor que pudiéramos llamar infernal, enjugó sus ojos enrojecidos, arregló sus cabellos momentáneamente erizados por el terror, y se encaminó tranquilamente al salón murmurando en voz imperceptible:

—Luzbel! Luzbel! tú no conoces á María Fleurette!...

.....

Al día siguiente la corbeta catalana "Ntra. Sra. de Monserrat" zarpaba del puerto de la Habana con rumbo á España, llevando á su bordo á la familia de Palmerolles con sus dos fieles esclavos.

En el momento en que la costa se perdía ya en el confin del horizonte como una blanca nube, Laura fijó en ella por la última vez sus ojos arrasados de lágrimas, y exclamó con amargura:

—Oh Cuba! Oh Cuba!

The noblest, the best and the bravest
Heart-broken and lorn J. resign
The joys and the hopes which thors gavest! (1)

IV.

LA FUGA.

—"Padre mio, yo no tendré ya
en adelante remordimientos.

—Hijo mio, lo creo, porque en
adelante serás siempre bueno.

—No, padre, sino porque he re-
suelto no tener conciencia."

(GACETILLA).

Merced á la habilidad de Magdalena y á la su-
tileza de sus coadjutores todo habia sido llevado á
cabo con el mayor sigilo.

Ascanio, seguro ya de salir adelante con su afor-
tunada empresa, no cabia en sí de gozo, bien que
su rostro cobrizo no reflejase como los de los blan-
cos el sentimiento que le agitaba. Ningun requi-
sito faltaba ya; los pasaportes visados por el cónsul
francés á nombre de Mr. y Mad. Dumont, habian
entrado por fin en su cartera: el vapor que debia
conducirlos á New-York, ajustado á un precio fa-
buloso, debia encontrarse la noche del 10 de Octu-
bre en la playa de Puerto-Escondido, á donde As-
canio, ayudado de Cosul y Juan Vicente, traspor-
taria los preciosos cofrecillos que contenian un te-
soro en joyas y billetes de banco, y que por lo mis-
mo debian custodiarse con el mayor celo.

Para mayor seguridad, se decidió que Ascanio
permanecería en la Habana los tres últimos dias y
que el diez por la mañana iría Salvandy á darle el
último adios.

Apenas Lion se presentase en la capital, Ascanio
se pondría en camino para la Residencia, aguar-
dando en sus alrededores la deseada noche que
debía convertirle en un opulento capitalista.

En cuanto á Salvandy, la misma noche en que
el mulato y Magdalena emprendian su fuga, debía
también embarcarse en la Habana para el reino de
Méjico.

Arregladas así las cosas, el mulato no tuvo ya
ni dudas, ni recelos, y en la noche del 6 de Octu-
bre salió para la Habana, no sin que Magdalena le
hubiese entregado una cartera preñada de billetes
de banco, "para que en aquellos tres dias llevase
una vida de príncipe," ensayándose así para su
próxima opulencia.

Cuando Magdalena sintió perderse en las tinie-
blas el galope del caballo de Ascanio que bebía los
vientos, experimentó una alegría desconocida para
ella hacia ya muchos años; la alegría del prisionero
que recobra la libertad, la alegría del ciego que re-
cobra la vista y se embriaga de luz.

Loca de gozo y de entusiasmo hizo venir al mo-
mento á Lion, que merced á la fidelidad de Cosul y
Juan Vicente dormía hacia ya algun tiempo en la

Residencia, y se lanzó á su encuentro con una im-
prudencia que hubiera podido despertar sospechas
en la servidumbre, si no estuviesen por fortuna pro-
fundamente dormidas las esclavas.

—Lion! Lion! exclamó alargándole la mano y ar-
rastrándole hacia el sofá con un arrebató parecido
á la locura: Lion! amado mio!

"Our work is over, over now;

"The last long wain wends slow away,

"And we are Free to sport and play." (1)

— "We hold our jovial harvest home"

añadió Lion estrechando convulsivamente la mano
de la antigua corista y fijando en ella sus hermosos
ojos radiantes como dos zafiros.

Magdalena estaba casi trastornada de alegría,
miraba á su lado á Lion, al único ser á quien su
corazon vacío habia podido amar, se encontraba rica,
era la soberana, la única dueña de aquella for-
tuna amasada con tantos desvelos, con tantas in-
gratitudes, con tantos remordimientos, y se encon-
traba libre, libre de su cómplice, de su espia, de su
astuto perseguidor cogido en su propia red.

El gozo estuvo á punto de asesinarla, porque to-
dos sabemos que la alegría es muchas veces tan fu-
nesta como el pesar.

Cediendo al fin á las amonestaciones de Lion á
quien el temor habia hecho prudente, Magdalena
ahogó sus palabras, sofocó sus demostraciones de
alegría, y empezó á descubrirle sus riquezas, sus
joyas, su fabulosa fortuna que el disipado commis
no hubiera podido nunca adivinar.

Al recontar aquellos catálogos de billetes de ban-
co, al vislumbrar aquellos magníficos aderezos en
cuyas piedras irradiaba la luz de la lámpara, Lion
experimentó una terrible sacudida, una especie de
vértigo que le hizo cerrar los ojos por un momento
ante aquella riqueza deslumbradora.

—Y aun faltan todavía los tres millones de Lan-
dí, dijo Magdalena inclinándose hacia el oído de
Lion y gozándose en ver el asombro que le habia
causado su tesoro.

Lion retrocedió un paso y miró espantado en
derredor suyo, temiendo que todo aquello fuese tan
solo una vision infernal, una tentación del espíritu
de las tinieblas.

Luego, abriendo de nuevo los ojos, rechazando
con todas sus fuerzas el terror que le dominaba, re-
leyó los billetes, tocó una por una las joyas mas
preciosas, presentó á los cambiantes de la luz las
anchas facetas de los diamantes, y murmuró con
voz ahogada:

—Y es verdad!

La fisonomía del commis voyageur habia espe-
rimentado en aquel momento un cambio maravillo-
so. Sus facciones hermosas y de una dulzura casi
femenina, fuertemente contraídas por la violenta
emocion que le dominaba, parecían mas valientes y

(1) Cántico de la Maniática en las cárceles de
Edimburgo.

(1) Byron.

pronunciadas. Su nariz dilatada, sus ojos fijos, su boca entreabierta que murmuraba palabras ininteligibles, le daban un aspecto sombrío que revelaba una lucha interior desconocida para él hasta entonces.

El demonio de la ambición acababa de cubrir con sus negras alas el alma de Lion, dejando marcada su candente huella en aquel corazón estragado, pero virgen hasta entonces de todo sentimiento de codicia.

A pesar de su penetración Magdalena no acertó á deletrear el sangriento drama que empezaba á trazarse en la frente de Lion con caracteres confusos todavía, y trémula de alegría al pensar en los hermosos días que la esperaban, se gozó en abrumarle con todo el peso de su riqueza, añadiendo nuevas sumas á los ya fabulosos guarismos, y encendiendo así mas y mas la invisible hoguera que empezaba á abrasar las entrañas del hasta entonces frívolo *commis* voyageur.

Cuando Lion y Magdalena se separaron, la aurora empezaba ya á rayar en el horizonte, pero todos los cálculos estaban echados, todas las providencias acordadas, todas las dificultades vencidas. En aquella célebre noche Lion había por fin resuelto el problema de *La Niña* aliviando así á Magdalena de su mas terrible pesadilla.

En los dos días que faltaban para dar cima á tan difícil como arriesgada empresa, Lion dictó las últimas disposiciones con un aplomo que no pudo menos de admirar notablemente á Magdalena.

De charlatan, insolente y gracioso, se había trocado en un hombre callado, meditabundo, casi grave... en cuyos ojos se adivinaba una idea fija que absorbía todos sus pensamientos.

El espíritu del mal empezaba á cegar la penetración de la Bonmarché, y Magdalena satisfecha de la decorosa reserva de su hermoso protegido, se contentó con atribuir aquel cambio repentino á la emoción que experimentaba el pobre joven al encontrarse dueño de una fortuna que nunca hubiera podido soñar.

Al fin llegó el día 8 de Octubre, término de todas las incertidumbres, objeto de tantas esperanzas. A las once de la mañana Landí había entregado ya á Magdalena los tres millones en billetes de banco, recogiendo al mismo tiempo la escritura de venta y el poder que la autorizaba según habían convenido antes.

Magdalena entregó al notario un billete de cien pesos fuertes al portador, como una pequeña muestra de su liberalidad.

Landí se inclinó ante la Bonmarché con toda la efusión de que era capaz un plantador que acababa de hacer un gran negocio.

Aquella escritura le hacía dueño de la finca, incluyendo en ella hasta los muebles del gabinete de la Niña, y Landí sabía muy bien que entre aquel mueblaje debían encontrarse objetos de gran valor.

Apenas Landí había salido de la Residencia, Salvandy dió orden á Juan Vicente para que ensillase á Bucéfalo, conocido en el ingenio con el nombre del "Ciervo volador," y emprendió, á pe-

sar de ser ya las horas del gran calor, el camino de la Habana.

Magdalena se encaminó inmediatamente al salón donde Silvina conversaba pausadamente con su nodriza.

—María Antonia, dijo Magdalena inclinándose graciosamente hacia la nodriza, mañana es el cumpleaños del señor Salvandy, y es necesario prepararle una sorpresa para su vuelta que será lo mas pronto mañana á boca de noche.

—Y qué haremos, mi ama? preguntó sencillamente la nodriza levantando su cabeza hacia la Bonmarché.

—Una fiesta sencilla pero llena de encanto, mi buena nodriza, porque en ella brindarán todos los esclavos del ingenio con sus hermosas danzas y sus tiernas canciones que embriagan el corazón... un segundo viernes de Dolores, nodriza... Eh?... Es preciso que nos presenteis esta noche un tesoro de aguas lojas!

María Antonia se levantó y empezó á dar vueltas por el salón batiendo las palmas con alegría; luego sin responder una palabra echó á correr por los pasillos llamando á las esclavas para comunicarles la plausible nueva de aquella función en la que debían tomar parte.

Fuera del viernes de Dolores que era la fiesta clásica de la Residencia, desde la muerte de Chateau-fort no había vuelto á improvisarse función alguna en el ingenio.

Desde aquella hora no se pensó ya mas que en los preparativos de la fiesta: María Antonia corría sin cesar de aquí para allí, limpiando las ollas de cristal para las aguas lojas, y preparando las nacaradas jícaras y dorados tazones donde habían de servirse la fresca chia y la perfumada y esquisita crema de Mamosi.

Al día siguiente, Magdalena, generosa como nunca, hizo que los esclavos suspendiesen sus trabajos y negros y negras se echaron á cantar por los jardines alegres y retozones, cual si hubiese llegado la hora de su soñada emancipación.

Salvandy llegó al ingenio á la caída de la tarde y halló la Residencia engalanada como para un gran festejo.

Aunque prevenido por Magdalena, finjió perfectamente una sorpresa, y solo cuando los esclavos se precipitaron á su encuentro felicitándole, pareció recordar que era el día de su cumpleaños el que tan ruidosamente se celebraba.

Como si aquel día fuese en efecto un día grande para todos, Salvandy arrojó á los esclavos unas cuantas monedas de plata que los pobres negros recogieron con avidez, colmándole al mismo tiempo de bendiciones.

En tanto, Silvina, despojada ya de los vestidos de luto, presidía la gran mesa, circundada solo por cuatro cómodas butacas.

Salvandy, Magdalena y la nodriza eran los únicos que tenían el honor de ocupar un asiento al lado de la señorita.

A pesar del ardiente cariño que le profesaba la Niña, era la primera vez que María Antonia se

sentaba á la mesa de su señora; por eso la inocente nodriza no apartaba los ojos de la señora Magdalena á la que debía tamaña deferencia.

Silvina, aunque desmesuradamente gruesa, estaba todavía hermosa con su nuevo traje. Envuelta entre una nube de tul blanco, ceñida la frente de flores y rodeado el cuello de perlas blancas como la espuma de los mares de Oriente, parecía una diosa del paganismo, una corpulenta Venus saliendo de las ondas del golfo.

Magdalena, ataviada con refinada coquetería era la reina del festin; la que cantaba, reía y brindaba, formando notable contraste con Salvandy que parecía revestido aquella noche de cierta severidad incomprensible en su carácter ruidoso y superficial por excelencia.

Cosul y Juan Vicente rodeaban la mesa desempeñando el honroso cargo de coperos.

Los esclavos y esclavas ataviados todos con sus trapitos de cristianar formaban en las galerías alegres danzas, aturdiendo la Residencia con sus canciones y asomándose de vez en cuando á la entrada del comedor como para escitar la hilaridad de sus graves señores.

Por fin, la nube que oscurecía la hermosa frente del cajero se disipó, reflejándose en sus facciones una alegría singular que agitaba todos sus miembros como si estuviese atacado de una ligera convulsion nerviosa.

Lion, el antiguo Lion, el alegre cajero, se levantó y brindó porque los esclavos penetrasen en el salon y se confundiesen una vez siquiera con sus señores.

Un inmenso grito de júbilo repitió aquel democrático brindis y toda aquella turba de color invadió el salon, bailando y gesticulando como una falange de endemoniados.

La confusion, la algazara, los atrevidos cánticos que se alzaban entre las espirales de humo, la *igualdad*, la *fraternidad* de aquella efímera república. Aquellos rostros cobrizos, chatos y feroces, aquellos ojos límpidos respirando siempre venganza, aquellos labios gruesos y repugnantes bebiendo en las plateadas jécaras diluvios de chia y de tamarindo, tenían un no sé qué de repulsivo y de horriblemente cínico que daba al esplendente comedor el aspecto de un misterioso pandemonium.

Las ánforas de la chia se iban vaciando, las gargantas enronquecían, los párpados empezaban á inclinarse como fatigados, y las esclavas se sentaban en el suelo sobre las esteras de junco, rendidas á la influencia.

La Niña fué la primera que cediendo á un sueño inesplicable en medio de aquel tumulto, inclinó sobre la mesa su hermosa cabeza coronada de flores; siguióla poco despues la nodriza y sorprendidas á su vez por un cansancio que las obligaba á cerrar los ojos, á los pocos minutos roncaban tendidas en las esteras las esclavas formando extraños y abigarrados grupos de grotescos colores y caprichosas plumas.

Los esclavos lucharon algo mas con el cansancio

de todo el día, la embriaguez y el sueño que los dominaba y que los venció al fin. Las voces se extinguieron, las canciones se apagaron y antes de la media noche la hermosa luz de la lámpara que iluminaba el techo, solo alumbraba una multitud inmóvil que roncaba en derredor de la mesa del festin.

Como los espíritus de las tinieblas, gozándose en la destruccion del género humano, levantábanse en aquel misterioso recinto dos figuras erguidas, silenciosas é inmóviles como dos estatuas.

Magdalena y Lion, con los ojos brillantes, el oído atento, el corazon palpitante, se adelantaron en silencio pisando en el aire para no ser oídos, inclinándose sobre los durmientes para asegurarse de que nada sentían, logrando atravesar hasta la puerta del comedor guardada por dos fantasmas negros como la noche, y cuyos dientes blancos brillaban como el marfil.

Cosul y Juan Vicente dejaron el paso á sus señores, pero en el momento de atravesar el umbral, Magdalena se detuvo para echar una última mirada sobre la Niña, dormida inocentemente entre gasas y flores como un niño en el regazo de su madre.

Aquel espectáculo hizo vibrar en su alma un remordimiento cruel que la abrasaba como un dardo candente, y tuvo impulsos de atravesar de nuevo el comedor para imprimir un beso en la frente de aquella desdichada jóven, arruinada por su culpable pereza.

La idea del peligro la detuvo, y estrechando fuertemente la mano de Lion que la arrastraba hacía la galería, cerró los ojos como si le faltasen las fuerzas. Todavía luchó algunos instantes con su conciencia que se levantaba como un juez inflexible.... luego recobrando de repente su diabólica energía echó á andar apoyada en el brazo de Lion, repitiendo con voz perceptible solo para el espíritu:

—Luzbel! Luzbel! no conoces á María Fleurrette!

Cosul y Juan Vicente cerraron suavemente la puerta del comedor, apagaron los quinqués de la galería y fueron á apostarse silenciosamente á la puerta de la Residencia.

Era la media noche.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

(Se continuará.)

AMOR DE UN POETA.

(CONTINUACION.)

—"No ha de decir V? Ah! ah! ah! Vamos, vamos: estoy viendo que si le dejo me encaja una pastoril en prosa. Ah! ah! Y el caso seria nuevo. Una pastoril en prosa tendria que ver.

—"Pero, señora, ¿qué hay de particular en que diga lo que siento?

— "Nada, nada; ¡pues si es lo mas natural del mundo! Así como así, ¿no dicen los niños á sus ayos y preceptores las cosas mas inconvenientes que se les ocurre? Pues entonces, ¿habría algo de extraño en que tambien á mí me dijeran una imperitencia?"

"La lección era dura pero saludable. Comprendí que había estado á punto de cometer una imprudencia que me hubiera costado muy cara, y esto me hizo mas cauto para lo sucesivo. Agradecí á aquella mujer que, bajo unas formas tan rudas, me hiciese comprender que abrigaba el sentimiento purísimo y adorable de la reserva en el amor, porque yo participaba de las mismas ideas y me hubiera lamentado mas tarde de haber hecho una confesion aunque hubiese sido ligera y embozada."

"—Y dónde va V. á veranear? la dije despues de una pausa que tuvo bastante de embarazosa para mí."

"—Lo ignoro todavía. Tal vez á las provincias vascongadas, á Francia ó Alemania. Eso será segun el dictámen de los médicos que asisten á papá; pero por de pronto el punto á que nos dirigimos es á San Sebastian."

"—¿Diferirán ustedes la marcha aun algunos dias?"

"—No por cierto: mañana al rayar el alba deberemos partir."

"—Pues bien, señora. Ya que V. ha tenido la bondad y la atencion de imponerse voluntariamente el trabajo de venir á despedirse de mí, no será mucho si le ruego que me autorice para que mañana acuda á la administracion de diligencias donde tendré el consuelo de ver á V. aun otra vez, y desde donde, al partir el coche, podré darle disimuladamente con la mano el adiós de despedida."

"—Mucho desearia complacer á V., mas no es posible porque viajamos en un coche particular que arrancará del zaguan de mi casa."

"—De modo, dije afectando tristeza aunque en realidad no la sentia porque ya habia resuelto seguirla en su viaje, bien fuese á las provincias, á Francia ó al fin del mundo. De modo que, al separarnos ahora, ya no volveré á ver á V. hasta el otoño?..."

"—Y eso contando con la intercesion de Dios."

"—En verdad, señora, que la ausencia va á ser un poco pesada."

"—Por qué?"

"—Pse! por nada! Figúrese V. que mientras V. se divierte y se recrea en la vida campestre, voy á coermme vivo en este vetusto Madrid, tan sucio, tan indecente en la estación de verano, cuando el polvo-calizo oscurece la atmósfera, cuando en las calles solo se encuentran aguadores que pueden soportar, gracias á sus zuecos claveteados con antenas, el fuego de las aceras; cuando, en fin, en el Prado y el Retiro, únicos parages de recreo con que la corte brinda á sus infelices moradores, se llenan de chiquillos que corren y que chillan; de criadas semi-gansas que tambien toman parte en los juegos infantiles; y de (y aquí entra lo mas pesado) esa turba de deidades perseguidas que, á fa-

MAYO.

vor de un vestidito que estrenan el dia que se encienden los faroles y que no se lo quitan hasta que aquellos desaparecen, tienen la audacia de ocupar el puesto que otras dejan, sin reparar que es una profanacion que ellas pisen el lugar santo que la costumbre ha consagrado sola y esclusivamente para los ángeles como V. Oh! dígame V. que esto no tiene nada de pesado; dígame V. que es divertido, y todavía me hará creer que envidia la vida de los que se quedan, y que es una desgracia el marcharse pudiendo permanecer aquí donde se goza de tanta y tanta felicidad."

"—Eh! Sabe V. que no está mal pintado el cuadro? Y, sobre todo, sabe V. que á través de esas pinceladas maestras se entrevé una cosa?"

"—Cual?"

"—La envidia que causa á V. mi partida."

"—Y cómo no, señora, si diera por ir con V. mi libertad y mi vida!"

"—Vamos, vamos; ya será un poquito menos: ya pensará V. al fin de otra manera."

"—Si tuviese siquiera una esperanza...."

"—Una esperanza dice V.?"

"—Sí."

"—Y esa quién se la puede ofrecer?"

"—Usted."

"—Yo?"

"—Sí, señora."

"—Veamos de qué manera."

"—Muy sencilla. Prometiéndome que tendré noticias de V."

"—Mias?"

"—Sí."

"—Qué ocurrencia!"

"—Y no de manera que me lleguen por segunda persona sino directamente de V. á mí."

"—Por manera que lo que V. pretende es...."

"—Que me escriba."

"—Lo cree V. posible?"

"—Por qué no?"

"—Por que.... por que...."

"—Vamos, sea V. amable hasta el fin, y eso mas tendré que agradecerla."

"—Pero no puede ser...."

"—Señora! por Dios! No se niegue V.! Dígame V. que accede, que tendrá la bondad de dedicar los ratos de ocio á darme noticias suyas, que me escribirá algunas cartas aunque no sea mas que para decirme que se aburre, que el agua del mar es muy salada, que una cabra se ha despeñado por un precipicio, que el campo es hermoso, que pasea, que duerme, que se divierte.... y yo seré feliz leyéndolo, yo me trasladaré con el pensamiento al lugar donde V. verifica tales proezas. En fin...."

"—Lo dicho, volvemos á las pastoriles en prosa."

"—No me niegue V., señora, lo que le pido."

"—Veo que es V. un niño mimado á quien habrá que complacer en sus caprichos."

"—Accede V., es verdad? Oh! Gracias, gracias!"

"Y diciendo esto la tomé una mano que me alargaba; la estreché con fuerza, y, viendo que no oponia resistencia, imprimí en ella un beso apasionado, lleno de amor y de fuego."

33

—“Ahora, adios,—me dijo haciendo un movimiento lleno de gracia.—Cuidarse de los calores de la corte para que podamos vernos otra vez.

—“Descuide V., señora, que así lo haré. Por mi parte solo le recordaré que cumpla su palabra y...

—“Y qué mas?

—“Se me olvidaba!—la dije al oído.—Vergonzoso es que aun no haya escuchado de labios de V. su nombre.

—“Para qué quiere V. oírlo—me contestó sonriendo—si en breve lo verá escrito con mi letra?

—“Para qué? Oh! no se marche V.; espérese, que aun necesito decirle que es vana esa reserva porque conozco su nombre.

—“Que lo conoce V.!—dijo volviéndose repentinamente y como recelosa y disgustada de mis palabras.

—“Sí, se llama V. María.

“Una sonrisa de ángel vagó por sus rosados labios al oír este nombre, y me tendió nuevamente la mano de una manera franca y cordial. Acaso hubiera perdido para siempre su amistad y cariño si mi boca hubiese pronunciado el nombre de su familia. María le llamaban los numerosos pobres á quienes socorria por su propia mano; María se le decia entre los ricos cuando se queria hacer mencion de sus virtudes; y este nombre que ella habia adoptado en sus correrías cristianas, en sus actos de beneficencia, debió halagarla en mi boca; primero, porque significaba que yo conocia su piedad, y segundo, porque alejaba toda sospecha de que mi amor—que no pasaba desapercibido á su penetracion—fuese á su posicion, á sus títulos ni á sus riquezas, sino á la humilde y modesta y graciosa María.

V.

HORAS FELICES.

“En la noche de aquel dia memorable te prometí revelarte la historia que estás escuchando.

“Ya sabes que la mañana siguiente emprendí la marcha, porque me viste partir despues de haberme ayudado á empacar mi equipaje. Pues bien, con un tiempo magnífico y á favor de un camino sin tropiezos, llegué á San Sebastian á las cuarenta y ocho horas de viaje. El carruaje particular que conducia á la hermosa María, hizo su entrada en aquella lindísima villa tres dias mas tarde. Como al salir de Madrid lo alcanzamos á muy corta distancia y ví que caminaba con lentitud, no pasé cuidado alguno por esta tardanza. Sin embargo, en los tres dias que transcurrieron, constantemente fuí á situarme desde el amanecer hasta la noche en un caserío que se elevaba en una eminencia sobre el camino de Castilla; y durante las horas de oscuridad, cuando la única puerta de la villa se cerraba, reducía mis paseos á la calle por donde indispensablemente tenia que pasar todo el que penetraba en la poblacion. Así fué que, sin ser visto de María ni de su familia, tuve ocasion de observar donde se hospedaba, y tambien la habita-

cion que desde luego entró á ocupar mi bella dama. Con esto me contenté por el pronto: luego fuime á mi casa, mandé que buscasen inmediatamente las flores mas frescas y olorosas que hubiese en los jardines de la villa, y cuando las tuve en mi poder formé un magnífico ramillete que y mismo fuí á colocar mas tarde en su balcon. La mañana siguiente me disfracé lo mejor que pude para ir á ver si permanecian las flores en el sitio en que yo las dejé, ó si aquella mano nacarada y suave que habia estrechado entre las mias algunos dias antes, se dignaba por casualidad trasladarla al santuario de su habitacion. Mas, lejos de conseguir este gusto, pasé muchas horas en la mayor ansiedad, porque las maderas del balcon se guardaron herméticamente cerradas durante el dia y ví llegar la noche sin que nadie reparase en el *buquet*, y sin que ni aun siquiera hubiese señales de que estuviera habitada aquella parte del edificio.

“Llegué á creer que no se hallaba ya en San Sebastian mi bella dama. Tambien me ocurrió que podria estar enferma, lo cual hubiera sido mucho peor: y para salir de dudas me acerqué á un criado de la casa que fumaba su pipa sentado en el umbral de la puerta.

—“Diga V., buen hombre, le pregunté, ¿podría V. darme noticias de una familia que llegó anoche de Madrid en un carruaje particular?

—“Qué familia? la del señor marqués de***

—“Sí, la misma.

—“Y bien! sí... aquí vive....

—“Vive aquí!... ¿Y no ha ocurrido novedad ninguna desde anoche, no es verdad?

—“Cómo novedad!

—“Quiero decir que siguen en perfecta salud los señores marqueses y la señorita.

—“Ah! pluguiera al cielo que así fuese! Mas ese pobre señor marqués....

—“Qué?...

—“No sabe V? ¡pues si apenas le quedará vida para divertirse este verano y volver á su casa á morir!

—“Qué me cuenta V!

—“Pse! lo que todo el mundo sabe. Y es una lástima, voto va!... porque el señor marqués es muy campécharo. El es el único que se ríe de su mal, y él solo tambien que no cree en su próxima muerte.—“Hola, Martín, me dijo anoche á su llegada. Siempre tan robusto y tan guapo, eh?”—“Hay salud, gracias á Dios, señor marqués, le respondí. ¿Y V. E. cómo está de sus dolencias?”—“Ya lo ves, me replicó: no tan mal como me lo augurábais el año pasado, puesto que—aunque no os atreviais á decirmelo—me consta que os despedisteis de mí para siempre pensando que no me hallaria en estado de poder volver por aquí. Pobres gentes! no sabéis que, á pesar de mi apariencia enfermiza, tengo que asistir al entierro de todos vosotros...”—“Dios escuche á V. E., señor marqués; porque en tal caso tendremos el gusto de verlo venir un verano rodeado de tataranietos.”—“Valiente estás, Martín.”—“No tanto como V. E., señor marqués.”—“A la

buena de Dios, allá lo veremos."—Y diciendo esto me dió unos golpecitos con la mano en mi cabeza, y subió las escaleras riendo de buenísima gana. Qué le parece á V?

—"Sorprendente! porque el señor marqués...."

—"El señor marqués que en vez de uno tiene dos males de muerte...."

—"Dos males! Pues yo no sabia mas que de uno.... (Mentia; porque ni yo conocia al padre de mi dama, ni estaba en antecedentes de sus dolencias; pero así lo exijian las circunstancias.)"

—"Cómo uno! Pues y el aneurisma?"

—"El aneurisma. Bueno; pues ese es el mal de que yo tengo noticias."

—"Y el calor de hígado?"

—"Qué, tambien tiene mal de hígado."

—"Pues es claro; y es el que hace mas años que le aqueja, porque el aneurisma data de poco tiempo acá."

—"De manera que, el pobre señor, se hallará en cama?"

—"Cál no señor."

—"Lo digo porque veo que los balcones de su habitacion se guardan cerrados desde que vino, y lo mismo sucede con los de la estancia de la señora marquesa y de la señorita."

—"Eso no es extraño porque estarán descansando, puesto que mañana deben emprender de nuevo el viaje."

—"Ah! qué, se marchan?"

—"Como todos los años. Primeramente irán á su casa de campo á Zarauz, y luego volverán aquí, sino es que prefieren bajar á Cestona, pues algunas veces lo han hecho. Mas, calle V.! ¿no decia que los balcones no se abrian? Si no me engaño...."

—"Es verdad, allí asoma una dama. Es...."

—"La señorita. Y qué coje en su mano? Flores acaso.... las huele."

—"Oh! yo no podia mas. Velado por las sombras de la noche pude espiar á placer, sin temor de ser reconocido, todas las acciones de aquella criatura angelical; y al ver que sus rosados y finísimos labios rozaban con mis flores, añadiéndolas nueva fragancia con la fragancia embriagadora de su aliento, me palpitó el corazon de tal manera que tuve que apoyarme contra la pared."

—"La aparicion duró poco por fortuna, aunque yo hubiera deseado que se prolongara. Volviéronse á cerrar las maderas tan herméticamente como estaban antes, y todo quedó envuelto en la oscuridad."

—"El *buquet* habia desaparecido con mi dama: se lo ví llevar."

—"Inmediatamente me despedí de Martin prometiendo visitarlo el dia despues para que me dijese la hora en que los señores marqueses debian partir, y me dirijí á mi posada en busca de otro ramillete mas hermoso y mejor adornado que pensaba colocar como el de la noche anterior en el balcon de María."

—"Así lo hice."

—"La mañana siguiente me levanté muy temprano; pero sin duda hubo quien madrugó mas que yo, porque cuando llegué frente á la casa de Ma-

ría el nuevo *buquet* no se hallaba en el balcon. En cambio ví á Martin que salia en aquel instante con una carta en la mano."

—"Hola, Martin—le dije—Dios nos dé buenos dias."

—"Ave María!—replicó el buen fámulo—y qué de madrugada anda V. por las calles, mi buen señor."

—"Siempre hago lo mismo, Martin; siempre tengo presente aquel refran que dice "al que madruga Dios le ayuda:" y por lo que veo tú tampoco lo echas en olvido, pues que tan temprano andas de negocios."

—"Cómo de negocios!"

—"Véote con papeles entre las manos...."

—"Esta carta? Es de la señorita que al marchar me la ha dejado con encargo de que la ponga hoy mismo en el correo."

—"Con que ha partido ya!"

—"Hace un momento. Por cierto que el señor marqués, con su risita de siempre, me ha golpeado afectuosamente en la cabeza diciendo:—"Ya sabes, Martin; hay que ir pensando en agrandar la casa para cuando yo venga rodeado de mis tataranietos!..."

—"Y á donde se dirijen por fin?"

—"Ya se lo dije á V.; á Zarauz."

—"A Zarauz.... A Zarauz.... No hay mas que un camino que conduzca á ese pueblo?"

—"Hay varios; el principal, que es el que ha tomado la familia del señor marqués, y otros menos frecuentados que conocen los prácticos del pais."

—"Por supuesto que estos de que me hablas acortarán mucho la distancia."

—"Yo lo creo! Si nó quién viajaria por ellos?"

—"Y no podrias acompañarme tú?"

—"No, mas ya buscaremos quien lo haga. Venga V.; pondremos primero esta carta en el correo y luego...."

—"Sí, sí, vamos pronto."

—"Tanto me preocupaba la idea de llegar á Zarauz antes que María, que ni aun siquiera me apercibí del objeto que nos guiaba al correo á mí y á Martin."

—"Qué diablo de mujeres!—dijo este dando vueltas á la carta que llevaba en su mano.—Apostaria que la tal carta es un billete dirijido á algun galan afortunado, pues vá tan cargada de perfume que trasciende á amores."

—"Qué dices, Martin?"

—"Toma! la verdad!... No tiene V. mas que tomarla para percibir el olor. Y si despues de todo vemos el sobre...."

—"Guárdate de tal cosa. Eso seria un abuso de confianza."

—"Cómo abuso! Porque lea una cosa que está á la vista del público; una cosa que han de leer los empleados de correos, el cartero, la criada de la casa á donde vaya á parar y...."

—"No importa, Martin."

—"No, pues yo no dejo de satisfacer mi curiosidad, que ya es muy viva, antes de arrojarla por ese descomunal buzón."

— "Guárdate, le repetí; á lo menos en mi presencia. Venga, añadí viendo que no se resolvía á echarla sin haber leído el sobre, yo la arrojaré.

— "No, contestó rehusándose.

— "Pues entonces, échala pronto y vámonos.

— "Al momento. "Al eminente poeta....

— "Martin!

— "Qué, señor! Oh! no apriete V. mi brazo de esa manera: déjeme, que ya la voy á arrojar.

— "Guárdate, oh! guárdate. Esa carta es mia; me pertenece. Suéltala por Dios, suéltala.

— "Qué!... qué dice V?

— "Oh! sí, sí....—Angel de bondad!—Es para mí. Lee el sobre, te autorizó. Verás como dice: "Al poeta Ricardo, en Madrid."

— "Sí, eso dice: mas....

— "No hay mas ni menos que valga: esa carta es para mí.

— "¿Pero cómo he de creer á V. si el poeta está en Madrid y á Madrid va dirigida la carta?

— "Ese no es asunto tuyo.

— "¿No ha de ser, si estoy encargado de poner la carta en el correo?

— "Oh! no seas cruel, Martin; entrégame esa carta y en cambio te daré todo lo que quieras.

"Mucho trabajo me costó persuadir al buen *móvil*. Fué preciso para que se resolviera á cederme la carta, nada menos que mi promesa formal de que aquel mismo día me habia de presentar á la hija del marqués, para lo cual nos dimos prisa á buscar un práctico que me guiase por el camino del monte que mas acertaba la distancia. No hay que decir, tratándose de un vascogado, que por dinero no me hubiera cedido la carta; pues es tal la honradez de aquellas sencillas gentes y tan grande la rectitud de su proceder, que desconocen completamente esta clase de prevaricacion.

"Pero vamos al contenido de la carta, que ya estoy impaciente por revelártelo, como lo estuve desde el momento en que cayó en mi poder hasta que llegué á mi posada y me ví libre de testigos. Entonces, ay! era tal mi emocion al considerar que tenia en mis manos el papel que ella habia tocado con las suyas para consagrarlo á mí, y tan grande la curiosidad que me aquejaba por saber lo que me decia que, así que penetré en mi habitacion, encerréme con llave y leí azorado lo que sigue:

"Héme aquí, Ricardo; á ochenta y dos leguas de distancia, sentada á la mesa y con una pluma en la mano para satisfacer un capricho de niño. Y bien, ¿dudará V. ya de la sinceridad de mis promesas? Cuando doy una palabra formal jamás acosumbro á faltar á ella. Puede acontecer alguna vez que, obligada por las circunstancias, aparente olvidar ó tener en poco los juramentos que haya hecho; mas perjurar de ellos, eso nunca.

"Siempre he creído.... Mas dónde voy á parar? Ah! ah! esa es buena: ¿Pues no he adoptado un giro sentimental y grave para decir simplemente que hace algunas horas estoy en S. Sebastian, y que los caballos esperan ya ensillados para proseguir el viaje hasta Zaráuz?

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

MES DE ABRIL.

SUMARIO.—Madrid en silencio.—Suspension de las diversiones.—Trages de Semana Santa.—Salida de SS. MM. y AA.—Beneficio de Giuglini.—Fiascos y aplausos.—Matilde Diez.—Mi vecina.—Una inauguracion.—La frutera de Murillo.—La espada del Príncipe Alfonso.—Recepciones de SS. MM.—Un buen cuadro.—Libros nuevos.—Bautismo de Almanzor Kasse.—Tres reos de muerte.—Un trage de baile de S. M. la Reina.—Una acémila de dos piés.—Nuevos árboles y sillas nuevas.—Un capricho del sexo fuerte.—Doña Coleta.—Sus paseos.

Madrid duerme ó reza.

Los salones están cerrados lo mismo que los teatros.

Los banquetes se han suspendido.

¿Qué diferencia del Madrid bullicioso de hace un mes!

En mi anterior revista solo pude hablaros de bailes, de máscaras, de alegría.

En esta deberia hablaros únicamente de los buenos oradores que durante la cuaresma, y en estos primeros dias de Semana Santa hacen oír en los templos la palabra de Dios.

Nuestras mas elegantes damas han mandado empacar ya sus trages de brocateles y tapicerías para preparar los ricos vestidos negros que han de lucir el Jueves y Viernes Santo, con permiso del tiempo que se muestra mas decidido á conceder una bienhechora lluvia á nuestros sedientos campos que á escuchar la voz de la vanidad.

El trage negro de estos lúgubres dias es en Madrid una transicion entre los magníficos y pesados trages del invierno y las telas ligeras de la primavera.

En la próxima Pascua se verán lindos tafetanes á la Pompadour, popelinas grises de microscópicas rayitas, granadinas con flores de seda y bareges tupidos de graciosos dibujos.

Mas lo que hará el gasto estos dias será el raso negro; no el que hasta aquí hemos visto, sino un nuevo raso que Francia nos ha enviado y que es superior á cuanto en esa clase se ha inventado.

He visto ya algunos vestidos de esa rica tela en el salon de Mme. Honorina, modista de S. M., hechos de dos faldas y recogida la segunda, que es muy larga, con gruesos cordones en los costados que rematan en hermosas borlas de pasamanería.

SS. MM. han decidido salir este año á visitar las estaciones despues de la ceremonia del lavatorio, acompañándoles sus augustos hermanos los Príncipes de Baviera.

Pero fuerza será que volvamos un poco atrás para que pueda contaros algunas novedades teatrales que han tenido lugar desde mi última revista: en toda la temporada se ha visto tan brillante y animado el teatro Real como en la noche del beneficio del simpático tenor Sr. Giuglini. Este cantó el *Trovador* tan

admirablemente que el público entusiasmado le tributó la mas lisonjera y merecida ovacion colmándolo de aplausos, de coronas y ramos de flores y llamándole con repetición al palco escénico. En la preciosa cantata, compuesta y dedicada á S. M. la Reina por el mismo Giuglini, lucieron su mérito todos los artistas del teatro, así como las bandas militares de música que tomaron en ella parte.

Tan brillante ovacion hizo un lastimoso contraste con el éxito infeliz que alcanzaron en el teatro de Jovellanos el juguete lírico titulado *Por faltas y por sobras*, y la zarzuela *El burlador burlado*.

No tuvieron tan desgraciada suerte la comedia del Sr. Egulaz, *Mentiras dulces*, y el juguete *Un hablador sempiterno*, arreglado á nuestra escena por D. Ventura de la Vega. La nueva obra del fecundo autor de *Las querellas del rey sabio*, abunda en diálogos animados y discretos y en bellísimos pensamientos. La ejecución fué muy buena, por mas que el Sr. Valero se resintiera aun de la desgracia que ha venido últimamente á quebrantar su corazón. El jóven poeta fué llamado á la escena con gran entusiasmo y obsequiado con una corona que se le arrojó desde un palco. El juguete, con que terminó la función, es una obra maestra en su género, admirablemente ejecutada por el Sr. Osorio.

Concluyo mis noticias teatrales diciéndoos que *La linterna de Diógenes* no ha dado luz en el teatro del Príncipe, y que Matilde se ha hecho aplaudir nuevamente en el Circo con *La Niña boba* y *Mari-Hernandez la Gallega*. Las funciones, en que esta eminente actriz ha tomado parte, han producido á la empresa quince mil duros.

Pero esta cantidad y mayor aun daria yo, si la tuviera, por salir del apuro en que me encuentro de malos noticias. Existen épocas en que nada hay que decir.

Pero ¡ah! me he salvado! Voy á subir al cuarto segundo de mi casa en el cual vive una señora, solterona y rica, y que, por consiguiente no tiene otro quehacer que ocuparse de lo que pasa en todas partes.

Os confieso que la venida de esta vecina bajo el mismo techo que yo habito, me ha alegrado en extremo, porque con ella ganarán mis revistas en amenidad.

¡Mas calla!... llaman á la puerta!

¡Ah! Es la voz de mi vecina Doña Coleta! El cielo me la envía!

—Buenos dias, Doña Coleta.

—Buenos dias, hija mia: quieta, quieta, no se levante V.

—Venga V. á mi sillón.

—De ningún modo: siga V. escribiendo que yo me voy: vengo solo á decirle que el día 26 ó sea el martes de Pascua se inaugura la sociedad de bellas artes.

—De veras?

—Como que lo sé por el jóven que hace el galán en la pieza que lleva por título *La frutera de Murillo*.

—Ah, ya! en esa pieza que ha escrito espresamente el Sr. Santisteban para la inauguración del nuevo Liceo.

—Justo: y esta tendrá lugar en el salón grande del Conservatorio, y trabajará D. José Garcia Luna, y habrá un himno, y exposición de cuadros, y rifa de un magnífico álbum y de un bellísimo cuadro, y asistirán SS. MM. si la vida del rey de Nápoles se prolonga hasta entónces.

—Pues qué tiene que ver el rey de Nápoles?

—Friolera! como que es tío materno de la reina!

—Jesus! Doña Coleta.... V. todo lo sabe! de todo se acuerda!

—Pues si no fuera porque es temprano le diria á V. muchas cosas.

—Vamos, dígamelas V.

—Pero si no he tomado aun chocolate, objeta Doña Coleta rabiando por hablar y mirando con ojos de codicia un vaso de leche y un bollo que acababan de traerme.

—Tome V. mi desayuno y cuente V. esas cosas.

—Pero y V. qué tomará, criatura?

—No pase V. pena por mí, luego almorzaré.

—Empiezo, pues, dice Doña Coleta empezando tambien á remojar el bollo en la leche y comiéndole con gran placer: lo primero la voy á contar lo que sé de la espada del príncipe Alfonso.

—Qué espada?

—La que le ha regalado el cuerpo de la marina española y que ha estado espuesta en uno de los salones del Congreso. La hoja corresponde á la fama de la fábrica de Toledo: el costo no baja de 30.000 rs. La empuñadura está formada por una cabeza de león, cuyos ojos están representados por dos diamantes. Esta cabeza sienta sobre una armadura de marfil, que rodea una cinta esmaltada, en la cual campean los nombres de varios marinos célebres, como D. Juan de Austria, D. Juan de Aragon, D. Alvaro de Bazan, Colon, Lauria y algun otro. En el guardamano se encuentran dos áncoras graciosamente entrelazadas y en ellas las iniciales A. F. al lado de las armas de España primorosamente esmaltadas. La vaina es de un trabajo digno tambien de la empuñadura como los cinturones, el uno de charol para diario y el otro para dias de gala formado de cordones de oro.

Como se vé, Doña Coleta habla bien y mucho; y yo, para contentarla, la digo tomándola de la mano el vaso desocupado:

—Válgame Dios, qué bien lo cuenta usted todo!

—Vaya, vaya lisonjera! Ya no quiero decirle á qué personas han recibido estos dias los reyes.

—Si que me lo dirá V., Doña Coletita! En premio la guardaré un billete para la inauguración de la sociedad de bellas artes, y como tendrá V. que ir escotada podrá lucir su aderezo de rubies.

Doña Coleta es una momia.

—Vamos, al fin hace V. de mí lo que quiere; pero cómo puede V. oirme si no deja de escribir?

—Oigo muy bien, hable V.

—S. M. el rey recibió en audiencia particular á los

señores Cuadros y Nuñez de Prado, diputados por Andújar y Cádiz, quienes tuvieron el honor de presentarle un precioso cuadro del artista sevillano Sr. Roldan, que representa á Nuestra Señora de Belen. Este cuadro ha sido dedicado á S. A. R. el príncipe de Asturias por su autor, á quien ya otra vez han honrado nuestros reyes, eligiendo para adorno de su palacio otro lienzo presentado y premiado en la última esposicion. Pero... qué fiebre de mano, hija! escribe V. tanto como yo hablo!

—Como que estoy copiando lo que V. me dice!

—Sí? Pues allá vá mas! exclamó Doña Coleta muy hueca de verse copiada. El distinguido escritor D. Manuel Cañete ha tenido la honra de ser recibido por SS. MM. y de poner en sus augustas manos un tomo de excelentes poesías que acaba de dar á la estampa, y que ha sido acogido con la bondad propia de los excelsos príncipes que hoy se sientan bajo el sòlio de San Fernando.

Ah! Tambien ha sido recibida por SS. MM. la poetisa Doña Faustina Saez, quien les ha dedicado un tomo de poesías. Los reyes han aceptado la dedicatoria, y se han suscrito á la obra por cien ejemplares.

¿Sabe V. que ahora se publican muchas poesías? esclama Doña Coleta de pronto.

—Efectivamente.

—Ha leído V. las del jóven D. Mariano Gelabert?

—No, señora.

—Pues es una coleccion muy bonita: se titula *Risa y llanto* y á su frente vá un prólogo del Sr. D. Miguel Agustín Príncipe.

—Y qué mas hay de los reyes?

—De los reyes, nada: como no le cuente á V. lo del moro.

—Qué moro?

—Tampoco lo sabe V.? El que bautizaron últimamente en la Encarnacion, Almanzor Kasse! Nuestra bondadosa soberana ha sido la madrina y en su representacion el distinguido escritor D. Antonio Flores. Al recien bautizado se le han puesto los nombres de Alfonso por encargo de S. M. la Reina; Francisco por el del Rey; Isidoro por el Santo del dia y Antonio por el R. P. Claret, que ha celebrado esta solemne ceremonia.

—Y qué ha oido V. del infeliz que asesinó á la pobre peñadora de la calle de Felipe III?

—De quién? de Fuenbuena? Dicen que á su peticion ha sido sacramentado para acallar los remordimientos de su conciencia y espera resignado con el auxilio de la divina gracia el desenlace del tremendo drama á que solo un momento de delirio ha podido conducirle... Desgraciado!... Querrá V. creer que, á pesar del terror que me inspira el crimen que cometió, le tengo compasion?

—Y quién no se la tiene, Doña Coleta?

—Y lo mismo me sucede con el cabezudo y la Bernaola.

—Y quiénes son esos?

—La criada y uno de los ladrones que ahogaron y robaron al prestamista de la calle del Duque de Alba y que probablemente serán condenados á la última pena... ¡Pobres gentes!... Pero ¿está V. haciendo alguna revista?

—Sí, señora.

—Me lo habia figurado: y es para ese periódico tan bueno que recibe V. de Cádiz?

—Justo: para la *Moda*.

—Me lo prestará usted para que lo lea?

—No: suscríbese V.

—Pero creo que tengo un derecho á ello: para eso doy á V. noticias para la revista y la evito salir que tanto la disgusta.

—Hagamos un convenio: yo prestaré á V. la *Moda* para leerla, y V. me recojerá muchas noticias y cuencillos para mis revistas.

—Bien está: mas por hoy voy á decirle corriendo unas cuantas cosas de que me acuerdo, y me voy.

—Sin decirme una anécdota siquiera?

—Hable V. de mí, que soy una novela viviente.

—Me dá V. su permiso?

—Qué mas puedo desear que verme en letras de molde?

—Veamos esas noticias.

—Son de muchas clases: la primera es acerca de un vestido de baile que ha hecho para S. M. madama Bernard de París, y cuya descripcion no desagradará á las lectoras de la *Moda*. La falda, que es de gró rosa, tiene ocho varas de vuelo, y vá cubierta de diez bullones de tul, color de rosa, que caen doblados y sirven de viso á igual número de volantes de blonda blanca. Otra falda de tul, color de rosa, que vá unida al cuerpo, se abre por delante dejando ver la anterior en forma de delantal y cae por detrás recogida en tres grandes bullones sujetos con otros tantos ramos, cuyo follaje sigue desde el talle en guirnalda y baja en disminucion. El cuerpo muy escotado, y de peto por delante, lleva una berta compuesta de cinco bullones de tul y sobre cada uno de ellos un volantito de tul blanco con puntilla de blonda. La manga se compone de tres volantitos de lo mismo, tambien con puntilla, que descansa sobre un bullon color de rosa y van cubiertos por otro igual mucho mayor.

—Otra noticia.

—Esta si que es graciosa! El dia 12, despues del medio dia, ganó cinco duros un mozo de la plazuela del Carmen, dejándose aparejar con albarda, estribos y cabezada y llevando sobre sus lomos á un vendedor de la misma plazuela. Aquella bestia de carga condujo al vendedor por la calle de la Montera y la Puerta del Sol á la calle de Cádiz, donde despues de tomar un pienso de sardinas, pan y vino, volvió á recorrer la misma carrera al compás de los tantarantanes que el *caballero* daba en sus ancas con una vara de fresno y de la rechifla del público que se agolpaba á su paso á riesgo de recibir un par de coces.

—Hay mas?

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

DEDICATORIA.

A la Sra. Doña Victorina Bridoux y Mazzini de Dominguez.

LA MODA fué, Victorina mia, la que me trajo tu primer canto de amor, y por LA MODA te envié yo el acento primero de mi corazón.

Hoy te dedico por LA MODA, nuestra fiel y querida emisaria, este humilde trabajo: perdóname que no te haya pedido antes permiso para poner al frente de él tu dulce nombre y culpa solo de esta omisión á la grande y, para mí, aterradora distancia que nos separa.

Mi *Nido de Palomas* tiene por objeto hacer una pintura ligera, pero verídica, de la clase alta de la sociedad, y de otra clase muy interesante y desgraciada, á la cual pertenecen muchísimas jóvenes pobres, pero encantadoras y dotadas, por lo regular, de una excelente educación.

Mucho se escribe hoy: mas hay infinitas novelas que son un conjunto de cuadros exagerados y de erróneas y monstruosas pinturas: desgraciadamente se cree que, para conmovér, es preciso apelar á lo extraordinario y horripilante, sin llegar á calcular que lo sencillo y verdadero es lo que únicamente es sublime.

En suma, yo he querido hacer ver en mi novela que Madrid no es un *lodazal*, como impunemente se dice; que hay en él nidos puros de castas y dulcísimas palomas; y sobre todo, que el mundo en general, es bueno, y que la vida es amable en todas las situaciones cuando se quiere emplear bien.

Si *todo poeta trae una misión á la tierra*, como ha dicho uno de los mayores talentos de nuestros días, yo que, sin vanidad, me creo poeta, quiero consolar al que sufre, curar decepciones y endulzar amarguras, y me complazco en pensar que esa es la misión que Dios me ha deparado.

Si esta serie de cuadros, sencillos y pintados con el colorido de la verdad te interesa, mi bella, dulce y querida Victorina, si ellos arrancan una sonrisa á tus labios juveniles ó hacen asomar una lágrima á tus hermosos ojos garzos, esa sonrisa y esa lágrima serán la mejor corona de tu amante

MARIA.

Madrid 18 de Abril de 1859.

I.

UNA COMIDA DE HOMBRES SOLOS.

La villa de Madrid, vista desde provincia, aparece bulliciosa siempre y agitada, atronada por el

—Sí: en el espacioso terreno de la cuesta de la Vega, terraplenado últimamente, se está haciendo una plantación de pinos, arbustos y plantas de flores para convertir aquel sitio árido en un bonito paseo. No digo á V. nada de las nuevas sillas y sillones de hierro que se han puesto en la plaza de Oriente y en el Retiro porque ya la he visto á V. por allí y supongo que habrá podido aplaudir esta medida.

—Ha concluido V?

—Voy á hablar á V. de una reforma que tratan de introducir los señores hombres, que á veces son tan caprichosos como nosotras, y me voy.

—Una reforma! Y cuál es?

—Se están recogiendo firmas con objeto de hacer desaparecer en un día determinado el sombrero de copa alta, reemplazándole con el chambergó. Pasan ya de tres mil los que, bajo su firma, han aceptado esta innovación, y no crea V. que los firmantes pertenecen á la clase artesana á quien lo mismo dá vestir negro que colorado, pues entre ellos hay gran número de diputados, algunos senadores, títulos de Castilla, muchos escritores y... qué se yo!

—A la verdad creo que el sombrero de hoy no deja de ser un poco ridículo y un mucho incómodo; pero se me figura que es obra algo difícil el hacerlo desaparecer.

—Ea, adios, exclama mi vecina: hable V. de mí y no deje de enviarme *La Moda* así que llegue.

Y ya que mi vecina desea tanto que os hable de ella justo será que lo haga, al menos para recompensarla las noticias que me ha dado cuando yo no sabía qué decirlos.

Figuraos una señora de 50 años, que se ha empeñado en hacer creer que tiene 36, muy flaca, muy alta y muy arrebolada.

Todas las tardes se pone un traje de seda de falda muy larga y pomposa y se va á dar un paseito á la hora del crepúsculo, cuidando de cubrirse bien la cara con el velo de su mantilla.

Pero no penseis que se va al Retiro ni á la Montaña del Príncipe Pio.

Ella hace sus escursiones por las calles de Carretas, de Alcalá y del Carmen.

Y las siguen los jóvenes, admirados de su esbelto talle —ya he dicho que Doña Coleta es una momia— y la dirigen piropos y galanterías.

Y ella vuelve tan contenta á su casa, en donde la espera un sobrino que le hace el amor y quiere sinceramente casarse con ella porque tiene dos millones en empolvadas peluconas.

Veremos lo que me guarda de nuevo para la próxima revista.

PAMELA.

ruido de los carruajes y vendedores, y cruzada por millares de transeúntes, entre los cuales no hacen poco papel las graciosas modistas y las oficialas de los almacenes de flores y de modas.

El provinciano y mucho mas aun la provinciana, ve en Madrid el ideal de lo bello, quizá por la sola razon de verle desde lejos: cree á todas sus mujeres elegantes, á todos los hombres que habitan en él, modelos de galantería; piensa que los mejores actores son los ajustados en sus teatros, y es, en fin, muy vulgar y aun muy natural este dicho:

Desde Madrid al cielo.

Pero el madrileño, ó la persona que ha vivido algunos años en Madrid, le ve tal cual es, con toda su fealdad y con todas sus bellezas: reniega del ruido de los carruajes, si su fortuna no le permite gastarlo; le impacientan los gritos de los vendedores y experimenta todas las molestias de que está libre el pacífico y escondido habitante de provincia.

Por otra parte, hay en Madrid calles solitarias, por mejor decir, desiertas, barrios estraviados y habitados solamente por pobres gentes, cuyos escasos haberes les impide pagar los precios exorbitantes que cuestan las habitaciones en los parajes céntricos de la corte.

Estas gentes tienen todas las molestias de Madrid sin conocer ninguno de sus goces: sufren el ruido de los carruajes, quizá sin subir en su vida á ninguno: ven las hermosas tiendas sin comprar otra cosa que trages muy modestos: les desgarran los criados de casas grandes los vestidos con sus ceastas y por lo regular tienen que servirse á sí mismos, y están sujetos, en fin, á toda clase de incomodidades, además de arrastrar una existencia llena de trabajos y privaciones de toda especie.

La clase alta es la que vive en Madrid rodeada de placeres: la juventud, sobre todo, ve deslizarse sus dias en medio de fiestas continuas, con especialidad durante los meses de invierno.

En 1848 era, sin embargo, mas monotonía la vida en la buena sociedad madrileña: no se sucedían los bailes con tanta rapidez: no habia *thés*, ese delicioso pretexto de comer, reír y bailar; y los jóvenes tenían con mas frecuencia comidas de hombres solos en las que únicamente eran admitidos algunos casados, pero jóvenes tambien, alegres y desocupados.

En la noche del 11 de Enero de 1848, y á eso de las diez, terminaba una comida de esta clase en casa del conde D.... el cual no pasaba de los treinta y dos años y estaba casado con una mujer encantadora.

Se supone que la condesa estaba muy lejos del sitio en que tenia lugar el banquete: la mesa, cubierta de una rica vagilla de plata, centelleaba á la luz de muchas bugías, colocadas en candelabros de oro, haciendo brillar el cristal de roca y los vasos del Japon, que contenían enormes ramilletes de flores, á pesar del escaso frio de la estación.

Era el último servicio el que, á la sazón de penetrar mis lectores en el comedor, cubria la mesa;

nueve eran los convidados y cada uno tenia detrás un criado vestido de rigurosa etiqueta y con la servilleta en el brazo: cuatro criados mas daban vuelta sin cesar llenando las copas de diferentes vinos, que nombraban al servirlos.

La animación habia llegado á su último grado: cuatro de los comensales eran casados: los otros cinco solteros.

Algunos se habian visto en aquella comida por la vez primera, pues entre ellos habia artistas y militares, aunque puede asegurarse que todos eran *notabilidades ó eminencias*.

En cuanto al traje de cada uno habia reinado la mas completa libertad: habia quien se habia entregado á todos los caprichos de su imaginación y quien estaba vestido con la mas extrema sencillez.

Prolijo seria describir á todos los convidados, y no es mi ánimo tampoco darlos á conocer á mis lectores en su totalidad: así, pues, me limitaré á hablarles de los mas dignos de llamar la atención.

Ocupaba la cabecera el príncipe de Cellemare, gran señor toscano que se hallaba en Madrid por casualidad, pues estaba viajando por toda España: no pasaba de los veinte y seis años y unia á una gran belleza un carácter alegre y dulce á la vez y una instrucción variada y profunda.

Rico además, de una manera régia, era magnífico en todo: vestía un traje negro y su tez, trigueña y pálida, estaba animada por la azulada blancura de su corbata.

Eran sus facciones dulces y varoniles á la vez: sus espléndidos ojos negros parecían haber robado su fuego al sol de Italia: espesos bucles de cabellos, negros como el ébano, guarnecían su frente cortada enérgicamente por dos cejas aterciopeladas y suaves: sus labios de púrpura hacían resaltar el nácar bruñido de sus dientes y sus manos, afiladas y nerviosas, eran de una belleza soberana.

Ocupaba su derecha el marqués de la Oliva, joven rubio, de figura delicada y nerviosa y que no pasaba de los veinte y cuatro años.

Este estaba vestido con un gusto esquisito y muy adecuado á su figura: su pantalon, de *satén* gris perla, caía sobre un zapato de charol muy bajo que dejaba ver una rica media de seda calada; un chaleco de terciopelo pardo, con dibujo á la Pompadour en carmesí y cerrado con botones de rubíes, se escotaba sobre una camisa bordada de una riqueza y prolijidad maravillosas, cerrada en el pecho por tres diamantes; su corbata blanca hacía resaltar el blanco mate de sus mejillas y el azul subido de sus ojos guarnecidos de largas pestañas de seda oscura y afelpada.

El marqués de la Oliva era tan hermoso como el príncipe, aunque su belleza tenía un carácter mucho mas delicado: gruesos bucles de cabellos castaños claros se agrupaban en sus sienes de una pureza y blancura encantadoras: asemejábase su boca á una rosa á medio abrir, y su largo y sedoso bigote rubio se ensortijaba en sus pálidas mejillas con una gracia esquisita.

Las manos y los piés del marqués eran de una rara perfección: su voz encantaba el oído; su mira-

da hacia ver un mundo de sensibilidad; su sonrisa habia robado muchos corazones que habian pasado por inespugnables.

No obstante, examinando con cuidado á aquel jóven se advertia en toda su fisonomía cierta expresion de astucia refinada, de desconfianza y de falsedad: su mirada, muchas veces oblicua, no era franca jamás: en las mas fútiles disputas con sus amigos se le veia sonreír amablemente, al mismo tiempo que sus blancas y afiladas manos se crispaban por una contraccion nerviosa y contenida.

Pero todas estas señales de un carácter rencoroso y falso podia conocerlas únicamente un observador muy diestro y sobre todo muy imparcial, cosa difícil tratándose del marqués de la Oliva, pues tenia el arte envidiable de cautivarse todas las voluntades.

En el momento en que le doy á conocer á mis lectores, hablaba el marqués alegremente con su vecino de la derecha, pues el de la izquierda era el príncipe de Cellemare.

Era aquel un jóven de veinticinco años, de estatura mediana, aire grave y melancólico y cabellos negros: sus ojos, de una graciosa magnitud, estaban rodeados de un ancho círculo oscuro veteado de azul, signo seguro de una enfermedad moral ó de graves dolencias físicas: sus facciones eran delicadas, acaso con exceso: sus cabellos se rizaban naturalmente en gruesos y lustrosos anillos: su boca era pequeña y triste y su frente ancha é inteligente, aunque llevando ya la huella indeleble de borrascosas pasiones.

Este jóven, hijo segundo de uno de esos títulos de provincia, que conservan aun muchas de las prerogativas de los señores feudales, llevaba impreso en todas sus facciones un carácter de orgullo y de desden imposible de describir.

Seguia en Madrid la carrera del foro: gastaba sin tasa, pues su opulento padre adoraba en él, y se le conocia solo entre sus amigos, por su nombre de pila y el primero de sus numerosos y nobilísimos apellidos.

Llamábase Fernando de Silva.

Los demás convidados, esceptuando el conde, dueño de la casa, se reducian á dos militares de alta graduacion, aunque vestidos sencillamente de paisano; á un secretario de embajada, jóven simpático y agradable, y á dos pintores de gran talento y reputacion, modelos uno de belleza artística y otro de artísticas originalidades.

Ya he dicho que el conde no pasaba de los treinta y dos años: su elevada estatura era flexible y llena de gracia: su rostro hermoso, apasionado y respirando siempre felicidad y animacion, estaba rodeado de hermosos cabellos castaños; sus ojos oscuros brillaban de alegría, de malicia, y se advertia en ellos ese talento cáustico y atrevido, que tan difícilmente se hermana con una buena y esmerada educacion: vestia con suma sencillez, pero con esquisito gusto.

Su rico pantalon negro caia sobre una elegante media de seda negra calada que hacia una armonía perfecta con sus zapatos muy bajos, de charol,

adornados con diminutas hebillas de oro mate.

Su frac, azul oscuro, con botones de oro liso, estaba abrochado en el pecho y dejaba ver una sencilla corbata blanca, la parte inferior de un chaleco de piqué enteramente liso y la pechera de una esquisita camisa rizada á la inglesa é igual á los puños que, sujetos con botones de oro y semejantes á una ola de espumosa batista, rodeaban sus manos de una blancura deslumbradora y de una hermosura perfecta.

En suma, los nueve hombres sentados en torno de aquella mesa, presentaban de lleno los tipos mas acabados de belleza, de gracia y de distincion, de esa distincion mesurada y noble que los franceses creen de su esclusiva propiedad y que se encuentra mas perfecta, mas digna y mas completa en España.

El conde hacia los honores de su mesa, si bien con aquella franqueza que debe reinar en una comida de hombres solos, con la mayor gracia y amabilidad, y observando, no las reglas establecidas por la costumbre, sino siguiendo las inspiraciones de su buen gusto y de su carácter amable y vivo á la par.

Apoderándose de una cuchara de oro él mismo sirvió las gelatinas con la desenvoltura y destreza mas estremadas: ordenó á los criados que llenasen las copas con vino de Chipre, y en seguida les despidió encargándoles que preparasen el café en su sala de fumar.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Se continuará.)

SILVA.

Quando sus rayos en la tuya enciende
mi pupila, y comprende
que retiemblan tus labios de alegría,
¿qué te dicen mis ojos?
¿qué te dicen, María?
Quando tus tocas de matices rojos
en tu frente el rubor tímido estiende,
quando tu mano entre la mano mia
enamorado estrecho,
¿qué te dicen?... Que yo la llevaria
hácia el fondo del pecho
do tiene amor su trono y blando lecho:
que allí con efusion la ocultaria,
y luego la daria
las llaves de un arcano
que guarda el corazón.... ¡Deseo insano!
dentro del corazón se abrasaria
la nieve de tu mano.

L. DEL BARCO.

LA RESURRECCION.

¿Qué importa que el impío en su impiedad, siguiendo las huellas de Celso y de Porfirio niegue el glorioso misterio que hoy el mundo cristiano cree y adora con fé ardiente? ¿Qué importa que el incrédulo pseudo-filósofo busque en su ciencia vana un *myto* para empequeñecer el portentoso milagro de la Resurreccion de Jesucristo? ¡Tal grandeza no cabe en su mente estrechada por el materialismo, oprimida por la duda! ¡Desventurados! La antorcha de la fé no ilumina su entendimiento oscurecido por las tinieblas del error; el espíritu de Dios no dilata su corazon soberbio: pusieron su esperanza en la mentira, como dice Isaías, y la mentira les cubrió con su negro manto. La humanidad les arroja hoy á la frente sus blasfemias, su impío escepticismo. Millares de millares de sabios y de ignorantes os dicen á una voz con el ángel de la blanca vestidura que guarda el sepulcro del Salvador: "*Surrexit, non est hic*," rompiendo el puro aire, Jesus es ido del cielo al inmortal seguro." "El Señor ha dicho á mi señor: *siéntate á mi diestra*."

¿Lo dudais? También Tomás dudaba y creyó luego lo que sus ojos vieron, lo que tocaron sus manos. ¿Lo negais? Ved aterrados por los resplandores de su gloria á los guerreros romanos que velan en rededor del sepulcro; vedlos mirando atónitos cuál se eleva el Crucificado la cruz en la diestra, el pié sobre una nube de querubines, y la cabeza cercada de una aureola mas brillante que el astro de la mañana disipando las tinieblas de la noche. Ved á su valeroso centurion morir, publicando la Resurreccion de Jesucristo. Ved á los apóstoles dar testimonio, sellándole con sangre, proclamando ante las sinagogas de los judíos y ante los tribunales de los gentiles: "Que el Deseado de las gentes, el Dios de Abraham y de Jacob, el anunciado por Daniel é Isaías, por Malaquías y Aggeo, el Mesías prometido: Jesus de Nazaret, crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, *resucitó al tercero dia*." Esto han proclamado y atestiguado con su vida de mártires cristianos. Esto nos vienen diciendo cien generaciones por espacio de diez y ocho siglos.

¿Oís? El cañon de *Santo Angelo* ha tronado, su eco resuena en todo el mundo: mil broncees responden á su estampido, mil lenguas de metal publican al viento desde las altas torres la alegría de la Iglesia. El atezado etíope y el amarillento mogol, el tostado americano y el blanco europeo; jóvenes y ancianos, niños y

mujeres: todos, todos henchido el corazon de júbilo repiten desde el Austro al Bóreas, desde el Septentrion al Mediodia el cántico de triunfo que un venerable anciano ha entonado bajo las bóvedas de San Pedro: *¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad!*

El misterio de amor se ha consumado. "Jesus resucitando ha hecho morir á la muerte," dice en sus Ejercicios San Ignacio de Loyola. "En tal dia como este, ¿quién no se alegrará, exclama Fray Luis de Granada? Alégrate cielo: y tú tierra, toma parte de esta alegría; porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo." ¡Oh luz hermosa! prorumpe al verla en sus meditaciones Eusebio Nisenó: ¡Oh luz hermosa, que irradiando tu fulgor desde la alta cumbre del firmamento vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y en la sombra de la muerte!"

¡Aleluya! ¡Aleluya! "Levantad, oh príncipes las puertas eternas y entrará el Rey de la gloria." El Señor ha dicho á nuestro Señor: "Siéntate á mi derecha, que yo pondré á tus enemigos por escabel de tus piés." *Surrexit Dominus verè: alleluia!* Cante hoy el universo la gloria de su Criador, canten los hombres la gloria de su Redentor, alaben y exalten su nombre por los siglos de los siglos. "Cántemosle un cántico nuevo: hoy saltan los collados de alegría: ensalcemos al Señor, nuestra salud."

Bendigámosle nosotros; sus hijos predilectos, los hijos de la *católica España*: levantémonos, glorifiquemos al Dios crucificado. ¿Quién osará interrumpir nuestro cántico de alegría? ¿Quién como nosotros podrá regocijarse en la gloria del Salvador, cuya resurreccion cantaron un dia nuestros padres en los espesos bosques del Nuevo Mundo, en las áridas costas del Africa, en las apartadas islas del Asia, en la silenciosa Alemania, en las risueñas campiñas de la Italia, en el mundo todo, al bélico rumor de sus clarines. Mas ¡ay! que al cantar himnos de gloria, no pueden hoy sus hijos hacer oír su voz en la estension de ambos mundos. Olvidemos nuestra desgracia y esperemos en el Señor..... Resucitemos con Cristo, dejemos con él en su sepulcro, el sudario de la muerte y del pecado: depongamos la vieja vestidura de nuestros vicios y de nuestras pasiones, vistamos túnica nueva, y levantando en alto la antorcha de la fé, inflamemos nuestros corazones con el fuego de la caridad: abracémonos como hermanos y seremos fuertes y grandes, y las montañas se abrirán y las encrespadas olas del mar se aplacarán y huirán delante de

nosotros, y nos darán paso otra vez para anunciar la buena nueva á los que no conocen las glorias de nuestro Dios, y enseñaremos á las gentes á cantar con el Real Profeta:

"Llénese de loores mi boca para cantar todo el día tu gloria.—¿Quién como tú? ¡oh Dios mío! Reciban los montes la paz para el pueblo y los collados la justicia.—Bendito tú por los siglos: tu nombre existió antes que el Sol.—Bendito el Señor de Israel; él solo obra maravillas.—De su magestad y gloria quedará llena toda la tierra. El Señor reinará eternamente y mas allá de los siglos, y llevará delante de sí la muerte. La noche resplandecerá como el día: la noche le alumbrará en sus alegrías.—Envió la redención á su pueblo y estableció para siempre su alianza." *Surrexit Dominus verè, alleluia! alleluia!*

L. DEL BARCO.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACIÓN.)

—Calmaos por Dios... esta niña ha sido prometida desde muy temprano al joven Ricardo de Lenois, que será su esposo esta misma tarde.

El conde no le escuchaba ya... sus ojos tenían un brillo febril, su mano buscaba un objeto que por fortuna no se hallaba en su tahalí, hubiera asesinado á Lenois si se le hubiera aparecido entonces.

—Calmaos, calmaos hijo mío, le dijo Nicolás acariciándole, tal vez es tiempo todavía... yo he dicho á Carlota todo cuanto hubiera dicho á una hija, yo le he pintado la desesperación de dos corazones que se unen sin amarse, y ella no cometerá nunca un crimen... Sí, porque es un crimen arrancar la felicidad á un corazón para dar á otro la desesperación y el odio... ¿No es verdad, Carlota?

El conde se dejó sujetar como un niño; pálido, anhelante, aguardaba de boca de Carlota la muerte ó la vida, como un reo que aguarda su sentencia.

Carlota midió de un solo golpe toda la felicidad que podía prometerse de aquel corazón enamorado, todo el brillo que prestaba á una joven hermosa la corona y el rango de condesa, y se estremeció; mas allá veía las crecidas deudas de Doña Margarita, que el padre de Ricardo había prometido redimir; veía la traición de corresponder á la generosa oferta de aquel hombre honrado, con hacer infeliz á su hijo único, al que la amaba; y respondió con una firmeza que solo había desplegado la noche del baile:

—Le amo! le amo!

—Le amais? exclamó el conde fuera de sí. Pero... ¿á quién amais?

—A él... á Ricardo!

—Oh! Imposible!

—Nicolás! dijo Carlota con acento suplicante; tened la bondad de acompañarme hasta la ciudad... Oh! si mi madre supiese que estoy aquí!

Nicolás enjugó una lágrima que se escondía entre el hondo surco que cortaba su mejilla, y presentó á Carlota su mano trémula con toda la ternura de un padre.

—¡Nó, nó! seguía murmurando el pobre conde; ¡un contrato! un contrato se anula! ¡Nó, nó!

—Conde, dijo severamente Nicolás, nadie desea mas que yo vuestra felicidad; pero dejad á los sucesos seguir su curso, y no acibareis con nuevos pesares la existencia de esa joven... ¡Feliz ella que nada tiene que reprocharme!... no la inciteis con vuestras palabras á odiar al esposo que la hará dichosa... Oh! sí, sereis dichosa, hija mía... vos hacéis infeliz á mi querido amo, pero Dios os perdonará porque vuestra abnegación es la de una santa, añadió bajando la voz.

—Nó! nó! no le ama... mentís!

—Conde! dijo Carlota volviéndose con energía y mirándole con ojos casi serenos: Heredé de mis abuelos un nombre ilustre, y sabré conservarlo ileso... Ningun Cronstad ha faltado á su palabra, y para cumplirla se olvidan de que tienen corazón.

El conde se apoderó de una de sus manos y la cubrió de besos y de lágrimas.

—No lloreis! le dijo afectuosamente Carlota, fijando sobre él una mirada tranquila y consoladora: sed un hombre fuerte, y hollad las pasiones con los pies... Yo no seré ya nunca mas que Madame de Lenois, pero ocupareis en mi corazón el primer lugar despues de mi esposo... Sí! el primero, os lo juro!... pero... vos... vos dareis muy pronto al olvido esta ilusión pasajera.

—Oid! exclamó el conde deteniendo por segunda vez á la joven que, acompañada de Nicolás, había dado algunos pasos para alejarse: Una gracia! una gracia!

Carlota se detuvo.

—Quiero presenciar vuestro enlace, quiero oiros pronunciar esa palabra que hará mi desgracia... que...

—¿Y tendreis serenidad para fingir que me veis por la primera vez?

—Sí, sí!

—Pues bien... ireis; pero si Arcelia...

—Arcelia, se apresuró á responder Nicolás, seputará en su corazón esta aventura que la llena de oprobio... nada temais, yo seré vuestro Argos; si alguno de vosotros llora, mi mano enjugará vuestras lágrimas, pero si sois bastante débiles para querer apartaros un momento de la senda de la probidad, mi brazo sabrá separaros con tanta rapidez, que no os volvereis á encontrar sobre la tierra.

Ambos guardaron silencio ante aquel anciano pobre y débil, cuyas palabras tenían el acento de

los antiguos profetas, y cuyo ascendiente sobre ambos rayaba en el misterioso poder del magnetismo.

El conde los vió partir con el amargo sentimiento que acompaña siempre á la pérdida de la mas bella de nuestras esperanzas. Carlota era para él una de esas ilusiones hermosas que pasan rápidamente en el sueño de la vida, pero que dejan un recuerdo eterno en el corazón.

Los ardientes rayos del sol que abrasaban su cabeza le hicieron recordar al fin donde se hallaba. Triste y meditabundo levantó la escopeta, miró melancólicamente su elegante vestido de caza y echó á andar distraído por el bosque murmurando con amargura:

—Ah! no está la felicidad en un vestido de seda!

El filósofo de amor acababa de encontrar de un modo bien amargo la aplicación de su teoría de las almas gemelas.

VI.

LA BODA.

"Mais, ce voile charmant, cette gaze
legère

"Cet anneau nuptial, gage du sou-
venir,

"Ces guirlandes des fleurs les baisers
de ta mère,

"Un jour tout cela doit finir"

"JULES FABRE".

Si hubiésemos de dar crédito á las supersticiosas tradiciones que existen acerca de los días de boda, no hubiéramos de formar muy buen augurio de la de la hermosa jóven Cronstad; y, sea dicho de paso, que sus jóvenes camareras, la vetusta ama de llaves y Guillermo el jardinero habian empezado ya desde muy temprano á formar corrillos, haciendo comentarios y concluyendo con el antiguo refran "Pero ello es mártres y llora la novia."

En efecto, todo se aprestaba á dar colores mas negros á la predicción vulgar, pues la menuda lluvia que á manera de neblina envolvía la ciudad, habia ido arreciando hácia medio día con esa tenacidad propia solo de los días de invierno, y haciendo imposible la vistosa iluminación que Guillermo preparaba en los jardines.

Jóvenes desposadas que habeis interrogado tantas veces vuestro porvenir en aquel día el mas célebre de vuestra vida, decidme si no habeis sentido como Carlota un frio glacial al ver un día sin sol, un día de tormenta cuando esperábais que la naturaleza se revistiese de extraordinarias galas para adornar vuestra boda, decidme si no habeis derramado lágrimas de vago temór al oír el ruido de la lluvia, y si no habeis recordado á pesar vuestro tenebrosas tradiciones, que os hacian temblar por vuestra vida de esposas.

Carlota, que no habia podido descansar un momento despues de su entrevista con el conde, Car-

lota, que en los dos días que habian de pasar antes de su boda no pudo apartar de su cerebro la idea de que iba á hacer infeliz á Lenois, vió llegar el día señalado para su enlace con una alegría singular, alegría muy parecida al delirio, porque pensaba la pobre niña, y pensaba muy mal por cierto, que despues de echada ya la suerte, su corazón cesaria de latir por una ilusión que era en verdad no mas que un "loco devaneo:" al menos así bautizaba Carlota su pasión, por mas que nosotros no seamos por ahora del mismo modo de pensar.

Parecía que la homeopática noche de Julio era todavía demasiado larga, sentía una inquietud vaga, como si necesitase aire y salió al balcón, deseando ver nacer el sol en el último día que le quedaba de libertad.

Carlota que habia salido al campo dos días antes, en aquella hermosa mañana que tan vivo recuerdo dejara en su corazón herido, tenía derecho á esperar que sus ojos se sostendrían secos y brillantes ante un sol espléndido y deslumbrador, y que su corazón acabaría por adquirir una alegría ficticia cuando se viese rodeada de luz, de aromas y de flores.

¿No habia llegado á sentir amor en medio de la embriaguez del baile? ¿Cuánto mas halagüeño debía ser para ella aquel día en que era la única reina de la fiesta, en que todos los homenajes y todas las felicitaciones irían solo dirigidos á ella?

El sol que con tanto anhelo esperaba ver aparecer radiante y magestuoso, dorando las altas cimas de la montaña, lánguido y perezoso, no quiso dejar el lecho de flores en que plácidamente reposaba, y Carlota vió aparecer una de esas auroras tristes, nebulosas, cenicientas, sembradas de rojas nubes precursoras siempre de la tempestad. ¿No habeis contemplado nunca el amanecer de un día sin sol? Si érais entonces jóvenes y sensibles vuestros nervios se habrán debilitado, vuestro corazón habrá desfallecido y vuestros ojos se habrán llenado de lágrimas vagas, pero tristes.

Carlota, que como hemos dicho arriba, contaba con la energía de la naturaleza para animar su organización, se retiró á su gabinete pálida, melancólica y distraída, ideando mil planes á cual mas descabellados para presentarse fuerte y risueña ante la sociedad en aquel día privilegiado, en el que era preciso ser feliz, aunque para ello hiciese pedazos su propio corazón.

Al pasar por delante del magnífico espejo que decoraba su cuarto de tocador se detuvo aterrada, porque si sus ojos no la engañaban la descomposición de sus facciones era tal, que no podia pasar desapercibida á los ojos del mas indiferente de los convidados.

¿Qué pensaria su madre, que curiosa y celosa por excelencia escudriñaba siempre sus miradas, sus facciones, sus vestidos y hasta el mas insignificante de sus adornos?

Carlota tembló: volvió á mirar su imagen en el espejo y tembló de nuevo. Su tez fina y mate, tenía hoy esa transparencia azulada que es peculiar á los enfermos; sus cabellos rubios, naturalmente

ensortijados, estaban muy lacias y casi lisos como los de una inglesa, y sus hermosos ojos, fatigados por el pesar, estaban rodeados de un círculo amoratado que revelaba la fiebre y las viglias.

Ay! «las penas ocultas que la razon y el deber condenan, no agitan pero consumen.»

¡Bien conocia el autor de esta sentencia el corazon humano!

Carlota permaneció algunos instantes muda y como si procurase recordar alguna cosa. Una débil sonrisa vino á iluminar sus lábios pálidos devolviéndoles todo su esplendor.

Acababa de recordar una caja de cosméticos que su hermano Teodoro le habia traído de París.

Con una velocidad de niña corrió hácia un lindísimo armario de encina ricamente esculpido, le abrió, sacó la cajita dorada y la contempló un momento con una espresion particular que participaba de la curiosidad y del desprecio; despues la dejó con frialdad sobre su tocador, murmurando con amargura:

—Tan dorada.... tan linda, y encierra solo el engaño, la mentira!.... Oh sociedad!.... y yo la acepto.... yo voy tambien á ser hipócrita! añadió con voz sorda.

Luego se perdió por una galeria que comunicaba con la capilla donde vió los lujosos adornos con que estaban recargando el altar de la Virgen, quiso rezar sus oraciones y no pudo; salió al jardin, cojió distraidamente un ramillete de adalias, y luego la deshojó como hacen los niños cuando se enojan; al fin pensó en su madre, que era para ella el magnetizador que dispone á su antojo del magnetizado, y se sintió mas fuerte: entonces volvió á su gabinete y llamó á Julieta para que le ayudase á vestir.

Pero Doña Margarita estaba aterrada. Desde una de las ventanas de la galeria habia podido observar todos los movimientos de Carlota; y era tal su aturdimiento al ver el trastorno de su hija, que empezó á temblar por aquella boda, no pudiendo atinar, por mas que se esforzaba, cual seria la causa de tan raras anomalías.

En vano visitó todos los sitios que habia recorrido Carlota, nada vió que pudiese motivar aquel cambio; se encaminó con ella á la capilla, examinó los adornos del altar que estaban preparando para la ceremonia, y no sabiendo ya que pensar ni á donde ir á buscar la solucion de su problema, se dirigió al cuarto de su hija.

Es verdad que pasó como un rayo por su mente la idea de que otro amor fuese la causa de todo aquel estrago; pero la desechó como una quimera, porque Carlota habia vivido siempre bajo su tutela; y en punto á espionaje, no debia Doña Margarita tener envidia á nadie ni de este mundo ni del otro.

Carlota estaba entonces á medio vestir, su mal humor habia subido de punto, aun mucho mas que la noche de baile, y cuando percibió los pasos lentos y acompasados de su madre, despidió á su doncella, y se quedó sentada en su taburete sin levantarse siquiera para recibirla.

Aunque no iba al cuarto de su hija para reprenderla sino para animarla y colmarla de caricias, no pudo menos de pararse como cortada, al ver aquella falta de respeto en una hija que era la misma obediencia.

Carlota entonaba con voz entrecortada el aria de Lucrecia que empieza: «Sur la tombe,» pero sin volver la cabeza.

—Hija mia! hija mia! exclamó Doña Margarita arrojándose en sus brazos, alguna cosa estraña te sucede: habla! habla!

Por mas que la señora Cronstad se gozase en dominar á su hija, era una buena madre, y aquel abrazo dió al traste con la indiferencia que Carlota habia adoptado por despecho.

Ruegos, caricias, sutilezas, todo lo empleó Doña Margarita para hacer hablar á Carlota; pero esta contestaba siempre con tal firmeza, mezclaba tales sonrisas á las lágrimas, que su madre concluyó por creer á ciegas que todo aquel misterio no era otra cosa que esa propension de las almas melancólicas á creer en brujas, y ese sentimiento que se apodera siempre de la mujer, cuando va á cambiar la aureola de vírgen por el velo de desposada.

Abrazó de nuevo á Carlota, le pintó con los colores mas vivos los festejos que se preparaban para aquella noche, y la dejó encargándola que se vistiese pronto, porque Lenois pasaria todo el dia con ellos.

Sola ya Carlota, empezó una lucha consigo misma, en la que se propuso emplear todas sus fuerzas.

Era preciso ser hermosa, estar alegre, ser en fin la reina del festin.

—Y lo seré, exclamó al fin, mirando á todas partes como temiendo ser oida.

Carlota empezó á vestirse sola, á trenzar sus cabellos formando con ellos lazos de oro que esmaltó despuea de flores y diamantes, con una maestría propia sola de las damas de teatro; pintó delicadamente sus cejas, sus pestañas, sus pálidas megillas y sus descoloridos labios.

Despues que concluyó su tocador, echó sobre el espejo una de esas miradas de coqueta que la mujer dirige, siempre que sabe que es hermosa, á su tocador ó á sus admiradores.

Al verse tan hermosa, Carlota se sonrió con la espresion de un ángel; pero bajó los ojos involuntariamente al ver sus hombros y sus brazos desnudos: nunca le habian parecido tan bellos.

—Oh! me amará, me amará mucho sin duda, murmuró á media voz.

Bajó al salon, alargó su mano á Lenois con una coquetería encantadora, se apoyó en su brazo para ir al comedor y le fascinó con su hermosura, con su elegancia, y sobre todo con su voz insinuante y dulce como el canto del ruiseñor.

Lenois la adoraba, la bendecia, estaba loco de amor; pero oprimia su corazon un presentimiento vago, como si hubiese de perder pronto aquella dicha.

A medida que se acercaba la tarde, Carlota iba sintiendo que su energía la abandonaba; aunque apoyada en el brazo de Ricardo caminaba con len-

titud, y á pesar del colorete sus megillas empezaban á perder su brillo.

—Qué teneis? le preguntó Lenois cuando estaban disponiéndose para bajar á la capilla.

—Nada.... no sé por qué toda esa nube de convidados me abruma.... me sofoca....

—Teneis razon, querida mia, yo tambien estoy triste.

—Vos y por qué?

—Porque esos convidados, Carlota, son casi todos jóvenes arrogantes, dignos de vos, y os hallarán muy hermosa, y bailarán con vos.... y os amarán tal vez.

Carlota hizo un movimiento imperceptible, y repasó de un solo golpe la fila de convidados, pero no estaban entre ellos ni el conde ni Nicolás.

—Sois un niño! dijo volviéndose con coquetería hácia Ricardo; haced lo que Dios, que coloca las flores en los jardines para que las admiren todos.... Pero os estremeceis? De veras? Pues bien, os doy mi palabra de honor de no bailar con nadie mas que con vos.

Ricardo estrechó la mano de Carlota con tal expresion de agradecimiento, que sus palabras hubieran quedado muy atrás.

Habia llegado la hora de bajar á la capilla. Carlota estaba radiante de hermosura; parecia un ángel envuelto en una nube de gasa y de flores; blanco era su vestido de triple falda recogida con camelias de color de rosa, blanco el velo de desposada, que sujeto con un hilo de brillantes á sus cabellos rubios, descendia hasta sus menudos piés, aprisionados en un zapato de raso blanco.

Carlota echó la última mirada sobre la comitiva.... no estaba allí.

Empezó á bajar los escalones, y sus piernas flaqueaban como si fuese á caer. A la puerta de la capilla un criado entregó á Doña Margarita una carta y una pequeña caja redonda cubierta de terciopelo carmesí.

—Hija mia, dijo la señora Cronstad acercándose á su hija, tengo el sentimiento de que nuestro mejor amigo Nicolás no puede presenciar tu enlace; y no sabes tú, Carlota mia, cuanto te ama ese buen anciano.

Carlota se detuvo, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos azules como quien interroga.

—Sí, hija mia, añadió Doña Margarita guardando en su bolsillo la cajita; el joven conde se halla gravemente enfermo.... vamos.... vamos, despues te hablaré de esto.

—Enfermo! murmuró Carlota con una voz perceptible solo para el espíritu; teneis razon, mamá, despues.... hablaremos. Vamos ahora....

A pesar del esfuerzo que habia hecho para pronunciar las últimas palabras, apenas pudo percibir las el oído de una madre.

Colocados al pie del altar, Lenois pronunció sus votos con una voz dulce y agitada por la emocion, pero llena de conviccion, porque amaba con fé. Carlota pudo apenas pronunciar un *sí* tímido, oscuro, lleno de tinieblas, porque amaba con duda.

Apenas se concluyó la ceremonia, Ricardo con-

dujo á Carlota al gabinete de su madre, y las dejó solas para que rindiendo culto á una antigua costumbre, llorasen y se abrazasen una y mil veces.

Apenas hubo Ricardo traspasado la puerta, Carlota cayó en brazos de su madre, que se horrorizó al ver su frente cubierta de un sudor frio.

—Cálmate, cálmate, hija mia! le decia besándola y estrechándola cariñosamente contra su corazon. ¿Te aturdes, hija mia, porque crees que el porvenir te cierra sus puertas? Pobre niña! Tu vida de felicidad, de brillo, de grandeza, empieza ahora. Catorce años tenia yo cuando dí mi corazon y mi mano á tu padre, y Dios sabe que nunca me arrepentí.

—Pero ella le dió su corazon! pensaba Carlota con espanto.

—Vamos, levanta esos ojos, Carlota; prosiguió Doña Margarita sonriéndose y entregándole la cajita de terciopelo; hé ahí, que apenas has recibido la bendiccion, y ya tienes aquí el primer presente de boda.

Carlota tomó la cajita y la carta que le presentaba su madre y la leyó apresturadamente.

Decia así:

"Mi querida señora: un triste suceso me priva del placer de asistir al enlace de mi querida Carlota. Mi querido amo se halla en cama con una fiebre ardiente.

"Remito el regalo de boda que el conde destinaba á mi hermosa niña.

"Vuestro siempre—NICOLAS."

Carlota trémula y pálida como la muerte, abrió la cajita que contenia un precioso reló de oro con las iniciales del conde formadas con gruesos brillantes.

—Pobre conde! exclamó Doña Margarita; me habia escrito ayer suplicándome le permitiese brindar en la boda de la niña de su ayo, y nada te dije para prepararte una sorpresa.

—Pobre conde! repitió Carlota con una expresion de tristeza imposible de describir.

Y dejó caer los brazos con tal abatimiento, que Doña Margarita no pudo menos de preguntarle:

—Le conocias acaso, Carlota?

—No, respondió Carlota haciendo un gesto negativo, como si sus labios se negasen á apoyar su primera mentira.

Ricardo entró en aquel momento, y el rubor que cubrió las pálidas megillas de Carlota la salvó entonces escusándola de mentir de nuevo.

Con una dulzura encantadora presentó á Ricardo el reló, al mismo tiempo que la carta.

Hay en los corazones enamorados una sensibilidad tan esquisita, que los hace casi adivinos; y á pesar de que Doña Margarita se esforzaba en repetir que Carlota no conocia al conde, Ricardo hubiera hecho pedazos el reló.

—Le llevareis siempre, porque yo os le doy, le dijo su esposa con aquella fascinacion que ella sabia muy bien ejercer sobre el pobre enfermo.

Pero aquella vez el enfermo se rebeló contra su voluntad, con aquella energía que prestan siempre los celos.

—No; ca se est de los ob completa chosa.

Carlota presion y mintió responde

Una m

Y cuan

sica y de

to, Carlo

su corazo

el ruido

tales, mu

pestad.

VI

José B conde de históricos tura del al odio hermosa resulte b tro era ca elemento de sus alta y vicios, profesion; libertinag rística y do educac hombre fi de sus con ciones in Era de H ciones; de telecual; ágil acrób

—No; le dijo devolviéndoselo con dignidad: nunca se estenderá mi dominio hasta el mas pequeño de los objetos que os pertenezcan.... yo os dejaré en completa libertad.... mi único anhelo es haceros dichosa.

Carlota estrechó entonces su mano con una expresion de gratitud que se confundia con el amor, y mintió cariño y felicidad, como habia mentido al responder á su madre: "no."

Una mentira arrastra las demás.

Y cuando en el torbellino del baile, de la música y de los repetidos homenajes de que era objeto, Carlota sonreía y bailaba sofocando el latido de su corazón despedazado, el mugido del viento y el ruido de la lluvia que se estrellaba en los cristales, murmuraba en su oído: *Tempestad, tempestad.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LOS CINCO MISTERIOSOS TALISMANES

DE LA

VIDA HUMANA.

ANÉCDOTAS MORALES

POR

Pedro de Prado y Torres.

Al ilustrado y aménisimo escritor
del Sr. D. Francisco Flores Arenas.

El edecan comandante graduado,

PRADO Y TORRES.

I.

RETRATO DE CAGLIOSTRO.

José Bálamo, comunmente llamado Alejandro, conde de Cagliostro, y de Fénix; según indicios históricos estuvo complicado en la célebre impostura del collar de la reina, que tanto contribuyó al odio popular inspirado á los franceses por la hermosa María Antonieta; pero aunque esto no resulte bien probado, nadie duda de que Cagliostro era capaz de las mas infames travesuras. Su elemento era el dolo, forzoso es confesarlo, á pesar de sus altas prendas. Rara amalgama de virtudes y vicios, su égida era la audacia; la maldad su profesion; su credo la inmoralidad, su consuelo el libertinage y su ídolo la astucia; cualidad característica y en la cual mas sobresalía. Si hubiera sido educado en los principios de rectitud, aquel hombre fuera á la vez el portento y la admiracion de sus contemporáneos, por reunir todas las condiciones imaginables para obtener el aura popular. Era de hermosa presencia; de simétricas proporciones; de gallarda apostura; de gran desarrollo intelectual; erudito como un benedictino, y además, ágil acróbata, osado como Mucio Scévola, persua-

sivo como Alcibiades; diestro en ginete, en esgrimir las armas, y todos los ejercicios corporales; como familiarizado con todas las filosofías; y en fin, cortesano, orador, músico y poliglota.

Todo esto era el célebre Cagliostro, el bosquejo de cuyo retrato trazamos en este capítulo.

Durante los 52 años de su vida que mediaron desde 1743 á 1795, alcanzó José Bálamo un renombre sin segundo. Holstein ponderó por todo el orbe sus pretendidos triunfos en la alquimia; Strasburgo le deparó una recepcion tan lisonjera como pudiera hacerse al evangelista de una nueva religion; y París se maravilló tanto de sus representaciones de masonería Egypciaca que se creía transmutaba en oro los demás metales con el auxilio de los astros, pues en ellos, ó llámese el arte de adivinar por medio de la astrología, estaba tan familiarizado como Zoroastro ó Nostradamus. Abriáanse los sepuleros á su voz y cuando evocaba los espíritus, presentábanse, le obedecian; en una palabra, y á fin de que se vea cuan alto hizo rayar la locura francesa, aunque frisaba al parecer en la edad viril era voz y fama que habia vivido ya muchos centenares de años.

En el transcurso de sus escéntricas peregrinaciones por el Continente Europeo, contrajo relaciones con una mujer notable por su inmenso cariño hacía él, como por su ilimitada sensibilidad, la misma con quien se unió al cabo en matrimonio. Desde entonces se lanzó á intrigar con aquella sublimidad inventiva y de audacia que le pertenecía á él solo; llegando á ser el mas sorprendente impostor del mundo conocido, si esceptuamos á Mahoma. Como precursor de una revolucion desastrosa, la aparicion de ese fantástico personaje en la capital del mundo civilizado fué á la vez funesta y profética; preludio de un desastre, vaticinio semi-grotesco, casi solemne, de una sangrienta y diabólica saturnal. ¡Y sin embargo, jamás se habian verificado con mayor magnificencia los festejos y los saraos que en aquella época, cuando tocaba ya á la del terrible cataclismo!.... ¡Ah!.... ¡La iglesia, el trono, y la oligarquía, se estaban coronando para el cruento sacrificio!.....

II.

LAS DOS.—LA VISION.

Frente á la calle de Luxemburgo, y paralela con la de Comartin, habia en 1782 una especie de quinta ó casa de recreo, separada del Boulevard de la Magdalena por un parque, y encerrada en un vergel de laureles, y clemátidas. Una de las ventanas de la casita rústica estaba abierta; la brisa de una noche de otoño, impulsando la caída de las doradas hojas de algunos árboles, llevó al acaso volando una por la ventana, la cual fué á caer precisamente encima de un libro abierto, en cuya lectura estaba embebido un hombre á la luz de una lámpara.

En aquel momento, la campana de los capuchinos sonó con lúgubre tañido, las dos; que fué al punto contestada por las demás numerosas cam-

panas de París.—¡Solemne, quejumbrosa, sepulcral, metálica, argentina, vibró la hora inexorable sobre la capital, y todo quedó luego en silencio!

¡Ay del corazón de Cagliostro!

Estremeciéndose el solitario vigilante al oír vibrar el eco del metal herido; cogió aquella hoja mustia y marchita, imagen viva de la mortalidad, y la colocó como *señal* donde suspendía su lectura. El tal libro contenía las obras de Cornelio Agripa. Después de alejar de sí con cierto desden al viejo alquimista, el estudiante se abismó en las mas melancólicas meditaciones.

Acababa de regresar de un baile de máscaras, y aun cubria sus hombros el dominó de raso amarillo; al fulgor de la luz relumbraban las ricas pedrerías que ostentaba en el pecho y manos; y sus venas azules muy pronunciadas en las sienes denotaban las frecuentes libaciones que acababa de hacer, y que habian además reanimado el color de sus pómulos, prestando nuevo brillo á sus ojos, y aumentando la confusion y desorden de su fosfórica imaginación.—¡La muerte! murmuró, me llena de odio y sin embargo! ¡La vida está exenta de felicidad! ¡Oh ilusorio fantasma de la humanidad! ¿do te ocultas?—¿En la fama? Yo tengo fama, y me siento miserable; mi nombre por el orbe vuela, y sin embargo, y sin embargo esa fama no depara la dicha á Cagliostro.—¿Los dones de la fortuna? ¡las riquezas! tampoco. Ni la plata, ni el oro han sido suficientes para proporcionar á Bálamo la panacea de sus aficciones.—¿La belleza? ¡quién! ¡En vano he apurado los placeres del amor, los de la voluptuosidad y hasta los del vicio! Me han negado sus favores el talisman de Epicuro; y no ha sido para mí el contento y la alegría ni aun lo que para Pygmalion fué la estatua.—¡Juventud!.... aun la tengo; pero es una juventud marchita, gastada como un metal en disolucion, y llena de sin sabores aun en la plenitud de mis triunfos mismos. Lo tangible, lo intangible; lo invisible, como lo visible; lo material, é inmaterial, para mí fueron siempre obgetos de continuo estudio, contienda destructora de mi razon. ¿Y qué?—lo presente, un desengaño; lo futuro un enigma; la tierra, una ilusion; los cielos.... ¿quién sabe?.....

¡Qué la naturaleza me ha dotado de sentidos! cinco, sí; delicados, finos, armónicos como instrumentos, para servir al deleite corporal. *Vistas* de inefable amor; *sonidos* de sobresaliente melodía; *perfumes* de fragancia deliciosa; maravillosas sensaciones de *tacto* y *paladar*, me deparan otras tantas fuentes de goces; y con todo, es absoluta la insuficiencia de lo palpable y de lo apreciable; con todo, siempre se interpone el dolor; sácíase el apetito, y los aromas se evaporan en el mismo momento del olfato; los nervios se afectan; degenera en disonancia la armonía, y hasta la misma hermosura cámbiase en tal abominacion que el hombre enloquece por la vista de lo que sus ojos mismos ven. Tal es la repulsiva y estéril penuria del que va en pos de esa fantasma que llaman felicidad.

¿Dónde, dónde pues te ocultas? ¿Y dónde te encontraremos?...

Una penetrante emocion conmovió en aquel instante á Bálamo; se le erizó el cabello, le temblaron las carnes, y le pareció adivinar la presencia de un ser fantástico, preternatural, aunque invisible; ser, no sentido en el silencio de la media noche, ni visto al ténue fulgor de la bugía. Y á pesar de que no habia ningun sonido ó reverberacion, sin embargo, el lenguaje insinuóse en el entendimiento del que escuchaba, con una distincion y claridad superior á todo humano sonido. La quietud de su soledad tan solo era interrumpida por el crujir de los árboles impelidos por la nocturna brisa; y con todo, en los oídos de Cagliostro resonaba una cosa como el cuchicheo de unos labios insustanciales; una sensacion como emanada de una sinfonia divina; el trueno, la música y la pompa, á la vez, de una voz inmaterial, la misma que al fin dijo:

«Bálamo! blasfemias son cada uno de tus pensamientos, y tus lamentaciones necias en sumo grado; tu entendimiento se halla ofuscado por las tinieblas de la mas estéril melancolía. ¡Aparta, vanidoso escéptico, con los silogismos de tu infidelidad: la gloria de la VOLUNTAD DIVINA confunde tu comprension en las profundidades de lo infinito! Cuando el espíritu humano se halla en su natural lucidez, entonces se refleja en él como en un espejo, la gloria del Omnipotente; pero el *tuyo* se halla eclipsado por la concupiscencia. La tranquilidad, la dulce calma, son dones negados á tu espíritu, efecto de la insaciabilidad de tu ambicion.

«Una carrera disipada y de abandono ha llenado de decepciones tu corazón; llegaste hasta escarnecer los CINCO MISTERIOSOS TALISMANES DE LA VIDA HUMANA, ó séase los *cinco sentidos*; esas puertas de oro de la humanidad! ¡Aprende, oh visionario soñador, que solo en ellos estriban los goces de una existencia perecedera! *Aprende de una vez que, por medio del bueno y moderado uso de esos cinco sentidos, es asequible la dicha terrenal!*...

«Alza, Bálamo, y atiende á las lecciones de la eternidad!

III.

TIBERIO.

La voz pareció extinguirse en los aires; pero impulsado Bálamo por una fuerza sobrenatural, sintióse ascender misteriosamente, y una oscuridad impenetrable le rodeaba ínterin hendia suavemente los espacios atmosféricos. Recobrado algun tanto de su primera sorpresa, las tinieblas dieron paso á una luz grata y suave, como la que desciende de la cerúlea bóveda en las noches primaverales de la Italia. Un espectáculo se ostentó entonces á los ojos de Cagliostro, nuevo, como jamás lo presenciara, ni lo soñara su fecunda imaginación. Figúresele estar en un apartado bosque de Caprea: fuentes de cristalinas aguas brotaban bajo los copudos ramajes; vistosas flores se mecían entre medio de los arbustos, ó esmaltaban el verde césped; resonó el espacio con risas y músicas en armonía

con otros sonidos suaves y agradables; y entre lo intrincado del ramaje una reunion de personas en francachela, agitábanse de un lado al otro vestidas á la romana antigua. Bajo la sombra de un enorme naranjo, sobre un muelle divan de grana y oro bordado de arabescos, veíase reclinado un anciano: odioso era su aspecto de vejez y de libertinaje; el pecado brillaba en su pupila infernal dotada de la facultad *nictálope* (que vé en las mismas tinieblas). Una habitual intemperancia se conocía que había salpicado su cítis de repugnantes erupciones, mientras que su cuerpo, por naturaleza robusto, se había enervado por los excesos de la gula y la concupiscencia. Una *toga viril* de virginal blancura, guarnecida de púrpura de Tiro, insignia de dignidad imperial, cubría sus miembros, y ceñía su epicúrea sien una corona entretejida de rosas y aloes. Bálsamo retrocedió con visible repugnancia y disgusto ante un espectáculo á la vez tan austero y lascivo. Turbóse su espíritu ante un rostro donde parecía hallarse concentrada la infamia de muchos siglos. Conforme absorto miraba, un alegre sonido que partía de entre lo mas espeso de la enramada, llamó su atencion; y seguidamente ligera, ágil y contenta sonando unos platillos, surgió una doncella ataviada como una bacante; leves sus piés como los de una gacela; sus ojos brillantes; sus miradas provocativas; suelto el cabello y palpitante el ebúrneo seno: eran modelados sus brazos como los de las estatuas griegas, pero teñidos con el lozano sonrosado de la juventud; ornaban la frente de aquella hermosa doncella dorados racimos de apretadas uvas, asomando entre las hojas de la vid y en forma de corona. Ella giraba al compás de sus platillos, cantando, bailando, deslumbrando, y encendiendo una hoguera en el corazon del visionario. Parecía la bacante el genio del movimiento; la divinidad personificada de la danza; era Terpsícore en la gracia de sus actitudes; era Euterpe por la dulce y arrobadora modulacion de su voz. Y un tinte mas vivo animó á su vista las megillas del horrible y lujurioso viejo de la corona de rosas y aloes. Casi por grados imperceptibles fué decayendo el ardimiento de la bailarina, soltó los platillos, el canto desfalleció en su labio, soltaron su jugo las uvas, y ella se detuvo ante el divan palpitante de emocion y radiante de sobrehumana belleza. Acto continuo postróse de hinojos para reconocer y proclamar en aquel decrepito monstruo de Caprea, al dueño del mundo; al feroz TIBERIO!

—Levanta! exclamó; doncella de Apulia, (pues como tantas otras debió ser robada aquella de sus pastoriles hogares en la península para servir de pávulo á su depravacion). ¡Alza y alibia mi sed con tu copa de oro! El paladar de Tiberio se abrasa en el fuego de su pasion.

Un odio indecible, rápido como un relámpago se reflejó en el alma de la bacante; pero sin embargo, levantóse al punto del verde césped de alfombradas florecillas, y llenó la copa de vino de Falerno; absorbió Tiberio con afan su contenido.... De pronto los ojos del malvado viejo brillaron con fulgor

MAYO.

siniestro, y á la anterior espresion de lujuria, de escitacion, sucedió la impotencia; brilló en su pupila la mas infernal espresion de despecho y venganza; y exhalando un furioso ahullido, tiró al aire la copa gritando, que *herbia el vino como las entrañas de Pluton*, y retorciéndose como un condenado en uno de esos parasismos de rabia que ha calificado la posteridad de raptos de locura. A los gritos de aquella serpiente presentáronse muchos libertinos, que se disputaban á porfía la honra de ejecutar las crueles sentencias que pluguiera al tirano dictarles; crueldades tan diabólicas y feroces como increíbles é ingeniosas.

Obedeciendo á una seña de Tiberio, la bacante fué colocada sobre un pedestal, permaneciendo allí algunos minutos, como una magnífica estatua de la desesperacion, hermosísima aun en medio de su espanto. Tuvo conciencia del peligro que la amagaba, y miró á su rededor como en demanda de amparo, pero en valde. ¡Nadie, nadie tuvo compasion de ella en aquel sitio peor que Gomorra! Tembló el mármol bajo sus plantas; por entre los intersticios de la piedra emanaron exhalaciones ácido-sulfurosas, y la doncella lanzó un grito desgarrador, dejándose caer boca abajo, achicharrada y negra como el carbon. El efecto de un rayo no hubiese sido mas pronto (1). Cagliostro echó una mirada de horror sobre las cenizas de la bacante. Había presenciado la juventud hollada y destruida por la vejez; la virtud anonadada por el vicio; y su corazon encallecido no pudo menos que de conmoverse. Entonces le pareció ver al demonio coronado de aquella isla, condeado á su palacio en hombros de sus servidores. Aunque enloquecido por su insaciable deseo y por su habitual tristeza, el monstruo se hundió en sus almohadones, impotente como un niño en medio de sus achaques y sus iniquidades.

Á los piés de Bálsamo yacian los huesos amontonados del cadáver de la doncella de Apulia, y todo quedó solitario, sin otro ruido que el murmullo de las fuentes.

Sintióse Bálsamo nuevamente conducido por las tinieblas, y una voz lúgubre le decía: "Tales son,

(1) Aquellos de nuestros lectores que estén familiarizados con los historiadores clásicos, conocerán que no hay ninguna exageracion en este relato, pues Tiberio empleaba los mas estraños y misteriosos medios de destruccion, como lo usaron igualmente varios de sus antecesores. La ciencia moderna nos ha enseñado que esos medios de tortura que empleaban, atribuidos á la mágica negra, eran debidos á la hidráulica neumática y otros mil mecánicos ardidés. La crueldad atroz de Tiberio es superior á toda imaginable barbarie. El asesinato era para él una diversion favorita; y segun Suetonio, mandó una vez atar y destrozarse por las garras de una enorme langosta á un pescador, solo porque lo halló pescando por uno de los jardines reservados, cuya entrada era vedada al público de Caprea.—P. P. T.

oh Bálamo! las miserias de un apetito desordenado."

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Preparativo contra el moho.

El moho ataca y deteriora mil objetos que son de un uso comun y diario; tales, entre otros, la cola, la tinta, los cueros, los granos, los libros, etc.

Los perfumes, y en particular los aceites esenciales, obran con la eficacia mas marcada contra este agente de destruccion.

En un vaso que haya cola échese un poco de aceite de trementina que la cubra, y cuando se quiere sacarla de esta especie de encierro, cualquiera que sea el tiempo que haya transcurrido, se la encontrará en su primitivo estado reciente.

Una muy corta cantidad de aceite de espliego, ó tambien de clavo-especia, que se eche en la tinta, impide su corrupcion. Cualquiera otra esencia produciria el mismo efecto.

En los almacenes militares, donde la conservacion de los arreos y calzado trae gastos considerables, y aun muchas veces el moho causa en pocos dias enormes pérdidas, se han evitado estas con aceites esenciales, en particular con el de trementina, que tiene además la ventaja de ser el mas barato de todos.

Algunas gotas de este mismo aceite en una biblioteca bastan para preservarla de los estragos del moho.

Con el mismo suceso se ha empleado para la conservacion de los granos, materia tan grave y difícil, particularmente en la trasportacion á ultramar.

No son tan seguros los excelentes efectos del aceite de trementina con respecto á preservar la madera de la picadura; sin embargo las repetidas tentativas que se han hecho con feliz éxito prometen tambien en esta parte resultados satisfactorios.

Por fin, en los aceites esenciales, y particularmente en los que quedan citados, se tiene un medio infalible para asegurar la conservacion de las colecciones zoológicas. Una vejiga llena de esencia de trementina, y colgada en el local de la coleccion, bastará no solamente para alejar todos los insectos, sino aun para matar los que hacen mas estragos en estos asilos de la ciencia, como son los escarabajos, las escolopendras, etc.

Modo de lavar el maho sin que pierda el color.

Echese un puñado de sal en un grande vaso de agua fresca, déjese en remojo la pieza por espacio de veinte y cuatro horas, y lávese, sin torcerla y sin jabon, en agua de lejía caliente; de esta manera se conservará el color.

Para limpiar los guantes sin remojarlos.

Pónganse los guantes sobre una tabla bien limpia, tómese un cepillo firme y frótense con una mezcla de arcilla de quitar manchas bien seca y alumbre en polvo. Despues de bien sacudidos y acepillados, para que caigan las materias, cúbranse de salvado seco y albayalde, sacudiéndolos despues de nuevo.—Esto basta cuando no están sucios.—En tal caso, quítase la grasa con corteza de pan tostado y polvo de huesos quemados; frótese luego con una franela impregnada de polvo de alumbre y tierra de quitar manchas, y quedarán con esto limpios sin necesidad de lavarlos. Esta operacion no los gasta ni aja en nada.

Modo de limpiar las estampas.

En una mesa ó tabla se clavarán clavos pequeños en ambos lados; por estos se pasarán varios hilos que se cruzan para impedir que el viento desordene las estampas: estiéndanse varios pliegos de papel hasta que la tabla ó mesa esté enteramente cubierta; pero sin que sea necesario multiplicarlos de modo que los unos estén sobre los otros. Colóquese en ella la estampa que se quiere lavar, échese encima agua hirviendo derramándola por todos los puntos. Como se retuercen regularmente algunas partes de la estampa, y las mas elevadas se secan mas pronto, debe tomarse una esponja fina y con el agua que queda en los pliegues de la misma se mojan los parajes secos. Despues de haber derramado agua hirviendo por dos ó tres veces, se observará que el rojo ó amarillo de la estampa aparece arriba; pero esto no debe inquietar, porque cuanto mas se limpian las estampas mas se aumenta esta especie de orin. Blanqueadas ya, se meten en una vasija cuadrada de cobre ó de madera de una capacidad mayor que la estampa, se hecha encima agua hirviendo, y luego se cubre el vaso con un lienzo para conservar el calor: al cabo de cinco ó seis horas el orin se suelta en el agua. Antes de echar esta última agua, debe extenderse sobre las estampas ya mojadas un pliego de papel fuerte para que el agua hirviendo no las maltrate. Hecha esta operacion se cuelgan estendidas en unas cuerdas para esprimir el agua, y cuando están medio enjutas, se colocan entre pliegos de papel ó carton cargándolas con algun peso para que no se arruguen.

Deben estar muy rojas ó amarillas las estampas para emplear dos dias en blanquearlas, pues por lo regular en uno basta.

El mismo procedimiento quita toda clase de manchas de aceite, pero se gasta mas tiempo. Estas operaciones se hacen al calor del sol, y cuánto mas ardoroso es, mas pronto se termina: así es que los meses de junio, julio y agosto son los mas á propósito para practicarlas. Cuando hay manchas de aceite se necesitan alguna vez ocho dias para quitarlas, particularmente si son inveradas.

Debe tenerse la precaucion de no esponerlas al

sol por la parte del grabado, sino por el envés, para que de este modo el calor no se lleve la flor.

Botella luminosa.

Con facilidad se puede preparar una botella ó redomita que difunda bastante claridad durante la noche, para que se distinga sin trabajo la hora que señala un reloj de faltriquera como tambien otros objetos.

Escójase una botella de vidrio blanco bien transparente y de figura prolongada. Se calentará en un vaso cualquiera aceite de aceitunas bien limpio, y cuando hierva echése en la redomita un pedazo de fósforo del grueso de un guisante á lo mas, vacíese con precaucion el aceite hasta llenar el tercio de la botella; tápese bien esta, y cuando se quiere que alumbré, levántese un poco el tapon para que entre el aire, y vuélvase á tapar; el espacio vacío de la redoma aparecerá inflamado, y difundirá tanta luz como una lámpara comun. Cada vez que desaparezca la luz, se destapa un poco la botella y vuelve á iluminar al instante. Debe advertirse que por poco frio que haya, es preciso calentar con las manos la redomita antes de quitar el tapon, pues sin esta precaucion no daria luz.

Una redomita así preparada dura seis meses, sirviéndose de ella diariamente; no representa peligro alguno en cuanto al fuego y resulta muy barata.

Menestra de ranas.

No deben aprovecharse mas que las ancas, á las cuales se quitará la piel, se escaldarán y dejarán un buen rato en remojo con agua fria. Se hará freir en una cazuela con manteca un poco de tocino cortado á dados, y se echarán las ancas de rana, cebolla, nabo, apio y zanahoria, cortado todo á ruedas; hágase rehogar, y luego se humedece con caldo ó agua, se sazona con sal y pimienta, y se deja cocer hasta que está en su punto.

Menestra á la crecy.

Esta menestra se compone de remolacha en su mayor parte, y luego una raiz de cada clase para darle gusto; se pica todo muy menudo y se pone en una cazuela á rehogar con un buen terron de azúcar; déseles vueltas hasta que estén muy rehogados; entonces se humedece con caldo y se deja cocer hasta que se note que se deshacen las legumbres; entonces se pasa por el colador y se vierte en la sopera sobre coscorrones. Esta menestra es de las que mas uso se hace en el dia en las mesas de buen tono.

Menestra de apio.

Córtese el apio cocido en pedacitos, y se pone en una cazuela con manteca, guisantes, cebolla muy picada y un polvito de harina; cuando esté rehogado se humedece con caldo, se sazona ligeramen-

te con sal y pimienta, y se deja que cueza: al momento de servirlo se traba la sal con un batido de yema, y se le echa un trocito de manteca de vacas.

Menestra de yerbas.

Se pican menudas unas hojas de perifollo, de acederas, de espinacas, lechugas y demás yerbas finas, se cuecen con agua y sal, se escurren mucho, se rehogan con manteca, y se sirven con una salsa de tomates.

Menestra de guisantes y habas.

Pónganse á rehogar en una cazuela con manteca guisantes y habas, la mitad de cada cosa, cebolla y perejil muy picado, pedazos de jamon cortados como dados, alcachofas partidas en cuatro pedazos, y pechuguitas de pájaros; dése á todo esto unas vueltas y humedézcase con poca agua, sazónándolo con sal y pimienta, déjese cocer mucho y saldrá muy bueno. Se advierte que si se quiere se puede hacer de guisantes solos ó de habas solas en vez de mezclar las dos cosas.

REVISTA DE TEATROS.

La Pascua de Resurreccion, la feria de Puerto Real y la temporada de campo que ahora se inaugura, constituyen otras tantas, calamidades para los teatros de Cádiz. Esta es su mala época, y no es de extrañar que sea tan grande la escasez de entradas en ellos. Fuerza es por tanto juzgar, no por la abundancia de los concurrentes, sino por el modo con que son acogidas las producciones y las compañías: es el único termómetro que hoy tenemos para que nos dé á conocer cual es el género, cual es el espectáculo y cuales los artistas que en tiempo mas oportuno han de sostener á estos coliseos.

Desde luego se nota en el Principal una manifiesta predileccion á las comedias. El teatro gana en ellas lo que por lo comun pierde de animacion en las zarzuelas, en las cuales son pocos los artistas aplaudidos, y entre estos pocos ocupan el primer lugar la Sra. Solera y la Sra. García. El Sr. Fábregas apenas ha cantado, pero ha sido con buena fortuna; los demás se reciben friamente. Estos son los hechos; nosotros no hacemos mas que narrarlos.

Si acerca de ello se nos preguntase nuestra opinion, diriamos que esta es bien conocida. El mal hemos creído siempre que está en el género mismo y en la manera con que se halla organizado. La zarzuela, por sus condiciones especiales, debiera requerir artistas que fueran no

menos actores que cantantes, pero en la dificultad de reunir ambas dotes en igual grado, los públicos en general suplen mejor lo que les falte de actores á trueque de oír una voz de buen timbre, y sacrifican al sentido del oído en su parte musical al otro sentido de la vista, no menos importante ciertamente. Esto podrá ser tan absurdo como se quiera, pero es un absurdo hijo del género, es un absurdo nacido de otro absurdo mayor, de la zarzuela, de ese verdadero monstruo del arte, que en el giro que hoy se le ha dado ni es ópera ni es drama ni es música ni es poesía: no es la ópera italiana, no es la ópera cómica francesa, no es el *vau-deville*; es un producto informe de aquellas artes, y que en sí no es arte. Por eso no hay medio de juzgar dentro de él á nadie por ninguna regla de las conocidas. ¿Cómo, si él no las tiene? Por eso el público que se reía estrepitosamente al ver y al oír declamar á Hordán le aplaudía después no menos estrepitosamente para volver á reírse en seguida. ¿Y por qué tales anomalías? Porque la zarzuela es toda ella una pura anomalía; siendo de advertir que los públicos mas acostumbrados á oírla son los que en cuanto á este punto atañe suelen juzgar peor, y es porque tienen el gusto mas viciado.

En tanto que llegan á fructificar estas ideas, que nosotros hemos ayudado á esparcir, y creemos que no en vano, seguiremos nuestra habitual tarea dando cuenta de las no pocas funciones ejecutadas, tanto en un teatro como en el otro de los de Cádiz.

Moreto, zarzuela nueva aquí, bajo el punto de vista dramático está escrita con altísimas pretensiones de comedia del teatro antiguo. Versificación ampulosa, pero sin ingenio en el fondo, embrollo en el argumento; caracteres montados al aire y un *Moreto* altisonante, iracundo, agrio y destemplado, una especie de Aquiles de capa y espada, al través de cuyos furiosos arranques fuera difícilísimo descubrir al festivo autor de *No puede ser guardar una mujer*, *El parecido en la corte*, *El desden con el desden*, *El lindo D. Diego*, y tantas otras joyas de alegre entretenimiento como debemos á su sazónada pluma.

No hay que decir que en esta zarzuela sale á cantar de bajo el Conde Duque de Olivares, el cual no fué en vida tan desgraciado en su palaciega desgracia como lo ha sido en muerte por habersele hecho personaje obligado de quince ó veinte dramas y comedias, malísimas casi todas ellas, sin las que Dios mediante vayan saliendo á luz; pues en tomando por su cuenta los poetas á una de esas figuras históricas ya tiene la tal lo que ha menester.

Ignoramos si la música está bien ó mal escrita, ni si es por tanto de aquellas que necesitan oírse mas de una vez para paladearlas. Su primera impresion satisfizo poco al público, y ános otros nos sucedió otro tanto. Aplaudióse al Sr. Fábregas en la primera pieza que cantó, y aplaudióse bastante al final del 2.º acto, que conceptuamos el mejor trozo de la obra. El Sr. Perez Pló, aunque muy regular actor, fué oído con frialdad. Esto corrobora lo que digimos arriba: túvose en cuenta el recuerdo de otra voz; no se tuvo en cuenta el recuerdo de otra accion y de otro decir.

Esta zarzuela se ha exornado y vestido bien. Sin embargo, dos cosas no eran de la época; el peinado de Moreto y la bandera amarilla y encarnada.

D. Tomás es una graciosa comedia del Sr. Serra. Fué muy aplaudida é hizo reír grandemente. Verdad es que el Sr. Sanchez Albarrán estuvo á toda la altura de su mérito, y que fué bien secundado por casi todos los que con él tomaron parte en la egecucion.

Otro tanto diremos de *Las pesquisas de Patricio*, de *El peluquero en el baile*, de *Dos muertos y ningun difunto*, y de algunas mas, todas muy conocidas de antiguo, pero que han sido ahora admirablemente tocadas por el ya citado actor, dándoles con la especialidad de su talento todo el carácter de novedad que pudiera faltarles. Sin embargo, deberemos hacer especial mencion de una pieza, que aunque no del todo desconocida en Cádiz, lo era en efecto en este teatro, donde ha logrado un éxito portentoso. Queremos hablar de *Una idea feliz*, título que promete menos de lo que en realidad cumple.

Es un estravagante que proyecta abrir una casa de huéspedes para ingleses y que coloca una muestra en inglés; pero que no sabe una palabra de semejante idioma; lo cual lo pone en terribles aprietos con el único inquilino de aquella nacion que entra por sus puertas bajo la fé del letrado. Afortunadamente viene acompañando á una señora española, cuyo esposo habiendo descendido en la última parada no pudo alcanzar el tren; pero el tal esposo es un hombre feroz y celoso que se cree burlado, y que quiere pegar fuego á la casa donde supone oculta á su muger. Esto da lugar á multiplicados y graciosos incidentes que terminan al cabo con el desengaño del rabioso marido y con la boda del inglés con la hija de los dueños de la casa, graciosa niña á la cual habia visto meses antes en la esposicion, prendándose desde luego de ella.

El papá mamarracho, egecutado por el citado Sr. Sanchez Albarrán, ha hecho reír to-

do lo que es posible reirse, y el estrépito de las carcajadas y de los aplausos se oía á distancia del teatro. Tenemos por imposible el hacer mas y el manejar con mas gracia un papel. Esto, y el esmero con que se procuran poner en escena tales producciones, hacen que este espectáculo sea el favorito del público y el que ofrece hoy mas garantías para el porvenir.

Una zarzuela en un acto acaba de estrenarse, y ha pasado felizmente. Lleva por título *Un caballero particular*: está escrita con ligereza y gracia, así la música como el verso, y toman parte en ella solo cuatro personas.

Sabemos que se hallan en ensayo algunas otras comedias, las cuales no han podido darse aun por enfermedad de la primera actriz, la jóven y aplaudida Adela Alvarez, cuyo restablecimiento se espera para dentro de poco.

El colisco del Balon ha experimentado considerables mejoras materiales. Se ha despejado el vestíbulo colocando en el ingreso á la sala de espectáculo columnas de hierro. Las estrechas escaleras se han ensanchado dándoles una forma curva, y se ha disminuido además la altura de los escalones. Con el fin de hacer mas cómodos los tránsitos se han sustituido con correderas las hojas de las puertas de los palcos principales. Los fondos de todos se han forrado de papel rameado de color encarnado, el cual, aunque es bello en sí y hace destacar bien los blancos antepechos, hallamos que tiene el inconveniente de consumir una gran cantidad de luz. El adorno de estos últimos consiste en filetes dorados. La lucerna de gas es tambien nueva y de no mala forma. La embocadura se ha mejorado considerablemente, así por la esbeltez que han adquirido las pilastras laterales, como por haber volado los antepechos de los tornavoces, en los que se han puesto ligeras balastradas de muy buen gusto. Hanse pintado el techo y un telon de boca; el fondo de este es blanco con estrellas y guarnicion de oro, y sobre él caen unas cortinas que ha sido preciso pintar del color del papel de los palcos, y como este es fuerte, desentona algo por hallarse en el mismo plano: defecto que si lo es, ni tiene gran importancia en sí, ni deja de estar ámpliamente compensado y hasta oscurecido por lo muchísimo que en decencia, en armonía y en gusto se ha ganado allí.

Esta larga reseña nos impide el ocuparnos de las funciones que en aquel teatro han tenido lugar, y especialmente de *Grazalema*, drama pretencioso y punto menos que ininteligible, que toma su nombre, no de la cono-

cida villa donde se fabrican paños, sino de una doncella hija del rey moro de Sevilla.

Decimos esto para tranquilidad de nuestra provincia, en la que en efecto radica la verdadera Grazalema. Por ahora se la deja en paz.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Salud á tí, ó dulce primavera, y que nuestras aclamaciones se unan á los cantos de amor de la naturaleza entera para celebrar tu venida.

La moda se ha renovado tambien, y nuestros almacenes de fama comienzan á exhibir sus coquetos caprichos.

Ved aquí lo que hemos observado hasta hoy en telas para vestidos.

Un gran número de telas grises, ya rayadas y ya á cuadros.

Otras de pelo de cabra.

Una porcion de piqué muy variados.

Entre las telas ligeras, granadinas de seda, ba-reges, organdis, muselinas estampadas, muselinas de seda.

Hay rayas, cuadros, fondos sembrados de ramos grandes ó pequeños, trages de dos volantes; en fin, fuerza es decirlo, nada extraordinario.

Las telas de seda son siempre muy espléndidas.

Se dice que los tafetanes lisos estarán muy en favor.

En cuanto á forma de corpiño, he visto un traje en el cual este estaba hendido en forma de corazon por delante; esto viste muy mal, es lo cierto. Las mangas se componian de dos pequeños bullones de un volante que apenas llegaba al codo.

Otras mangas eran *jockey*, largas, anchas y flotantes.

La mayor parte de las confecciones son de tafetan negro, y tienen la forma de ropon ó pelliza, con mangas largas.

Se las guarnece de encages, de plegados de tafetan ó de guipure de Venecia.

Hay además manteletas-chaes, ya de tafetan negro, ya de tafetan de color muy adornados de pasamanería y con volantes de guipure negro.

Citaré además un manto llamado polonesa, de tafetan malva guarnecido de volantes de guipure blanco. Este modelo es adorable, pero cuesta 1.200 francos.

Otro verde azoff, cubierto alternativamente de un volante blanco y otro negro, ambos de encage.

Para confeccion de *negligé* destinada á los baños por la mañana, se hacen modelos muy largos de telas de capricho lisas.

Se hacen lindísimos trages blancos de tres volantes, con dibujos recamados ó bordados.

Las manteletas están en armonia con la enagua.

Como elegantísima fantasía debo señalar unas especies de tirantes cruzados, ya en paños y ya en encaje. Esto se colocará sobre los corpiños. Los pequeños fichus Luis XIII, y otros de este género, se llevarán todavía.

Hablemos algo de sombreros, porque acabo de ver en casa de Mme. Rénevey algunas novedades primaverales, que son un portento de gracia y de elegancia.

Son las siguientes.

Un sombrero de crespón, cubierto de tul negro mosqueado, y por adorno una corona de violetas.

Otro de crespón malva adornado de lilas, con borlillas de encaje negro, y en el fondo una especie de fichu de encaje que cae sobre el bavolet.

Un sombrero de paja, cuya copa y bavolet están sembrados de yerbecitas de las flores del campo, anudadas por briznas de paja.

Esta guarnición es muy original y muy coqueta.

Un sombrero de paja belga que tenía por adorno unas especies de campanillas azules mezcladas con yerbas. La cinta de este sombrero era rayada de azul y verde.

Las modas de Mme. Rénevey tienen un sello de juventud y de frescura verdaderamente notables; así sus salones se ven frecuentados por un gran número de nuestras elegantes.

La casa Sorré-Delisle acaba de crear los adornos mas deliciosos que pueden verse para los trajes y confecciones de la primavera. Citaré entre cien otros, porque los modelos son abundantísimos, las lindas rosetas *Pompadour*, las borlillas *Regencia*, los flecos *La Valliere*, para armonizar con los trajes.

Todo esto se destina á las telas de seda, barege, granadina, fulad y tafetan.

El mismo género existe para los trajes de piqué inglés.

A propósito de piqué, no debo omitir que la casa Sorré-Delisle ha ejecutado nuevas guarniciones de punto de Hungría, que podrán aplicarse á los *negligés* que se hagan de la espresada tela.

Las joyas y objetos hechos de cabellos son siempre de un género muy elegante, y todas nuestras hermosas llevan á M. Lemonnier queridos y sedosos rizos que él transforma con arte singular, sea en brazaletes, sea en broches, sea en adornos para trajes, ó en otro cualquier género de modelo.

Entre las cosas verdaderamente útiles recuerdo los bustos mecánicos de M. Bienvenu. Dejando uno de estos bustos á su costurera, una dama hará confeccionar fácilmente todos sus trajes en París, aunque esté á cien leguas de él. Ciertamente no puede alabarse lo bastante tan cómodo invento.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Sobretudo *Margarita* en gró negro con adornos de guipure y abalorios de azabache y sobre la manga buche de la misma tela: el adorno que rodea la falda, las mangas y la berta se compone de pequeños buches cogidos con margaritas de terciopelo gró y cuentas de azabache. Vestido de moiré antique verde azoff. Sombrero de crespón blanco.

SEGUNDO FIGURIN.

Sobretudo *Catalina de Médicis* en gró negro, guarnecido todo de un rizado estrecho de cinta blanca cubierto de un pequeño encaje y encima un ligero canelón de pasamanería. El capuchón está figurado por un plegado del mismo género colocado sobre una cinta sujeta al sobretudo en forma de cuello. Vestido de gró escocés. Sombrero de crespón verde y terciopelo verde claro, con una ancha blonda que cae sobre la copa.

TERCER FIGURIN.

Capota *Regenta de Parma* en gró negro, adornada de embutidos de encaje negro y buches de gró: al rededor del cuello encaje de guipure salpicado de abalorios y encima un embutido de encaje. Vestido de popelina escocesa. Sombrero de crespón pensamiento y adornos de encaje negro.

CUARTO FIGURIN.

Sobretudo *Ninon* en gró negro, tres filas de buches de la misma tela rodean la falda: al cuello dos filas de buches, formando la misma esclavina un ancho encaje de guipure, y encima dos buches iguales á los del cuello. Vestido de gró azul Prusia. Sombrero de crespón blanco y adorno de plumas: en la copa una estrella de blonda.

QUINTO FIGURIN.

Manteleta *La Valliere* en gró pensamiento, adornada con dos volantes de guipure negra y embutidos de lo mismo: entre el volante que cubre el pecho y el segundo embutido, se figura una especie de toquilla pequeña de terciopelo negro salpicada de borlitas de seda pensamiento. Vestido de moiré antique verde esmeralda. Sombrero de crespón blanco cubierto de tul salpicado: bandeau de violetas: velo de encaje cayendo sobre la copa.

SESTO FIGURIN.

Basquiña *Capricho* en gró negro con adornos de conchitas formadas de la misma tela guarnecidas de una puntilla de encaje: mangas á festones anchos con doble manga de tul salpicado. Vestido de gró á cuadros. Sombrero de terciopelo rosa con adorno de plumas de gallo blancas: en el interior esterilla de terciopelo rosa.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

CALZONCITOS PARA NIÑOS DE 1 A 3 AÑOS.

Se cortan dos pedazos como el núm. 1 que se unen por medio de una costura hasta la letra B, de modo que quede una delante y otra detrás, haciéndole otra costura á cada pernil de la A ó la B para que quede á cada costado la abertura C. El núm. 2 es la mitad de la pretina que habrá de cortarse doble, pues el calzoncito se abre por los costados haciéndole á cada una tres ojales para sujetarlo á los botones que habrán de ponerse en el monillo interior. La guarnicion núm. 3 se borda al feston colocándose doble bajo tres pliegues como indica el núm. 1 y el conjunto núm. 4.

Nº 1 Mitad del calzoncito.

2 Pretina.

3 Guarnicion.

4 Conjunto del mismo.

5 y 6 Guarniciones: feston.

7 y 8 Cuello y puños: al pasado.

9 Pañuelo: feston, imitacion de guipure y embutido de Valenciennes.

10 Guarnicion: feston y ojetes.

11 á 13 Cuello, banda y embutido para la manga: sobrepuestos de muselina sobre tul imitacion de encaje.

14 Pañuelo: feston, pudiendo adornarse con una guarnicion de encaje.

15 Embutido: al pasado.

16 y 17 Cuello y puños: feston y bordado ligero.

18 Pañuelo: al pasado y feston.

19 Esquina para pañuelo, M. A. P.: id. id.

20 Id. id., M. C.: al pasado.

21 á 29 Embutidos: al pasado y bordado ligero.

30 Numeracion: id.

31 N. A.: id.

32 L. M. ligadas: id. y bordado ligero.

33 F. S.: id.

34 A. R.: id.

35 B. G.: feston.

36 L. B.: id.

37 E. M. ligadas: id.

38 Clemente: id.

39 S. V.: feston.

40 C. L.: id.

41 M. L.: id. y bordado ligero.

42 J. C. ligadas: id.

43 A. B.: id.

44 Matilde: id.

45 L. L.: id.

46 S. S.: id.

47 A. G. ligadas: id.

48 A. G. id.: id.

49 A. L.: id.

Nº 1 Guarnicion: feston y ojetes.

2 Id.: al pasado, id. calados y feston.

3 Id.: id. id. id.

4 y 5 Cuello y puños con ojales: al pasado, sobre nansouk doble: para arreglarlos al tamaño conveniente á la persona que quiera hacerlo se le formará un pliegue en medio, de modo que los ojales tanto de las mangas como del cuello queden unidos por gemelos.

6 y 7 Guarniciones para bordarlas por cima del dobladillo: al pasado, feston y cordoncillo.

8 Id.: feston y ojetes.

9 y 10 Embutidos: al pasado, id.

11 y 12 Id.: id.

13 Guarnicion: id. ó feston.

14 Id.: id. ojetes rellenos y cordoncillo.

15 Esquina para pañuelo M. B.: al pasado y lunares.

16 Id. id. A. J. ligadas: id. rico.

17 Id. id. J. C.: feston.

18 Id. id. P. D.: al pasado rico.

19 Id. id. J. N. S.: id. ó feston.

20 P. J. de A.: id. id. y bordado ligero.

21 J. A. y C.: id. id.

22 A. V.: id.

23 M. A.: id.

24 Carolina Martinez de Mendoza: id.

25 Honorinda Calero de Barcia: id.

26 Eloisa Ballesteros: id. y nuditos

27 E. B.: id.

28 Teresa Arce: id.

29 Adelaida Arce: id.

30 Soledad Arce: id.

31 José Manuel Fernandez: id.

32 Soledad Rodriguez: id.

33 Isidora: id.

34 Remedios: id.

35 D. M. y N.: id.

36 R. de V.:	al pasado.
37 Y. A.:	id.
38 Delfina Perez y Carta:	id.
39 María del Carmen Ascanio:	id.
40 Agustín Fuentes:	id.
41 Concha Castillo de Valenzuela:	id.
42 José Valenzuela:	id.
43 Francisco Paula Castillo de Valenzuela:	id.
44 Carmen Sancho:	id.
45 L. C.:	id.
46 R. Q.:	id.
47 A. N.:	id.
48 L. N.:	id.
49 M. P.:	id.
50 C. N.:	id.
51 M. P. R.:	id.
52 A. S.:	id.
53 D. N.:	id.
54 F. N.:	id.
55 A. Y. Ch.:	id.
56 C. Ch.:	id.
57 E. Ch.:	id.
58 R. L.:	id.
59 M. L.:	id.
60 R. Q.:	id.
61 L. M.:	feston.

ESPLICACION DE LA HOJA DE CROCHET.

- Nº 1 Tapete de mesa, asiento de piano &c.
 2 Embutido.
 3 Esquina.
 4 Banda.
 5 Embutido.
 6 Banda.
 7 Embutido.
 8 Guarnicion.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, segunda serie.—*Las siete virtudes capitales, sexta y última parte*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Amor de un poeta.*—*Revista de Madrid.*—*Un nido de palomas*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Silva*, por D. Luis del Barco.—*La Resurreccion*, por D. Luis del Barco.—*Las almas gemelas, novela original* por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Los cinco misteriosos talismanes de la vida*

humana, por D. Pedro de Prado y Torres.—*Seccion de economía doméstica y arte de cocina.*—*Revista de teatros*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Esplicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Id. de la de crochet.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin doble para vestidos de señoras.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Id. de la de crochet.*—*Id. de la de tapicería en colores.*

Solucion del geroglífico anterior.

La envidia acaba, consume y mata al envidioso.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



GEROGLIFICO.